

UN ANGEL ME ACOMPAÑA

por
Francisco Limonche Valverde

A los niños bosnios, y a todos los niños del mundo, a los que la guerra ha quebrado la médula espinal de la esperanza, para que un ángel les acompañe siempre.

Este relato surgió tras un doble impacto: una visita profesional al Hospital de Tetraplégicos de Toledo y las lecturas de unas declaraciones de Ramón Sampederro, tetraplégico, en las que decía "que el movimiento es la vida". Ambas cosas me impresionaron mucho.

Agradezco a Antonio González--Guerrero, maravilloso poeta y mejor amigo, su paciencia y amabilidad en la corrección literaria de este texto.

Agradezco a D. José Quesada, editor, sus consejos profesionales.

Capítulo 1

Caminaba distraído; no recuerdo bien qué pensaba en aquel instante, aunque vagamente me vienen a la cabeza ráfagas de la imagen de mi pueblo.

Tampoco recuerdo cómo sucedió aquello. De improviso me encontré flotando y el aire se tornó liviano. Una extraña sucesión de colores, algún rostro familiar; unas imágenes ininterrumpidas; después un velo y ya no volví a sentir nada, hasta despertar en el hospital. Todo quedaba envuelto en una neblina; algo extremadamente blanco y denso; después susurros, cuchicheos.

El primer rostro que vi fue el de ella. Me miraba entre expectante y angustiada:

-- Hola -- me dijo.

No respondí; en realidad creía estar soñando. Cerré los ojos. Hice un intento por cambiar de postura en la cama. Apenas si conseguí mover la cabeza. Volví a abrir los ojos.

La estancia me resultaba desconocida. Todo me era confuso; tan sólo su presencia contribuía a calmar la sensación de desconcierto y el apunte de miedo que comenzaba a embargarme:

-- ¿Dónde estoy? -- acerté a preguntar.

Mis propias palabras me sonaban a hueco. Eran como el coro repetido de voces ajenas que abriesen un agujero en mi cabeza, de donde salían como el aire que se filtra por una grieta.

-- Has sufrido un accidente. Estás en el hospital Gregorio Marañón -- respondió con una dulzura que me resultó sorprendente, pese a hallarme aún entre brumas.

-- ¿Hospital? ¿Qué es lo que me ha pasado? -- sentí una enorme desgana y un gran vacío al decir esto. Traté de incorporarme. No pude; me resultaba imposible mover un solo músculo.

-- Tranquilízate. No tengas miedo. Ahora vendrán los médicos -- me dijo y la voz se le quebró.

-- Pero ¿qué me ocurre? !No puedo moverme! -- Intenté incorporarme una vez más. No sentía las manos. Tuve miedo. La sensación horrible de no controlar el propio cuerpo; de no dominar la situación, me hizo comprender que algo muy grave, y tal vez irreparable, me había sucedido.

-- No puedes moverte, porque aún te encuentras bajo los efectos de la medicación. Tranquilízate. Voy a llamar a los médicos y ellos te explicarán -- su rostro y su voz me resultaban incomprensibles, lejanos, como si en realidad no perteneciesen a ella.

-- Llámalos, por favor -- le supliqué en un hilo de voz y cerré los ojos, sintiéndome confundido y angustiado. Todo me daba vueltas; la habitación, su voz; la imagen de mi pueblo.

Cada latido, cada inspiración se trocaban en ecos de un algo ajeno que de repente se hubiera adueñado de mí. Jamás antes había sentido nada parecido. En realidad, apenas si me reconocía a mí mismo. Sólo cerrar los ojos me proporcionaba la remota sensación de que mantenía algún control sobre lo que me estaba sucediendo.

Incluso María me resultaba lejana y confusa. No era la chica alegre y despreocupada que reía por cualquier cosa. La gravedad de su rostro, el extraño temblor de su voz; el sentirla tan lejos, cuando yo la recordaba con aquella mirada brillante de comerse el mundo, me desconcertaban.

Traté de hacer un esfuerzo y ordenar mis ideas. Todo cuanto pude fue recordar que había salido de la oficina un poco antes de lo habitual. Hacía calor. Había tomado el metro en Moncloa. Recordaba también las estaciones de metro pasando ante mí con rapidez. Gente que entraba y salía con apresuramiento. Un chico y una chica besándose. En Sol pasaron varios soldados al mismo vagón en el que yo me encontraba. Uno de ellos me saludó, probablemente confundiéndome con un superior:

-- ¡A sus órdenes, mi capitán! -- me dijo.

Le devolví el saludo con una sonrisa. Cuchicheaban entre ellos. Mi presencia parecía cohibirles, pese a resultarme del todo desconocidos. Opté por mirar a otro lado; hacerme el distraído. Casi me paso de estación.

Subí las escaleras de la estación de Lavapiés de dos en dos. María me esperaba en la cafetería La Campana, a unos metros del lugar. No quería hacerle esperar. Realmente deseaba darle un fuerte abrazo, besarla y tomar sus manos para soñar junto a ella. María era la ilusión que me animaba, el futuro que quería dibujar y construir a fuerza de deseos y pensamientos.

Luego ya todo se volvió borroso. Sólo la persistente imagen de la Plaza Mayor de Villanueva de los Infantes. No recordaba nada más.

María pulsó el botón de aviso situado junto a la cabecera de la cama. No tardó en llegar una enfermera.

-- ¿Qué sucede? -- preguntó.

-- Se ha despertado -- respondió María.

-- Enseguida doy aviso al médico -- dijo la enfermera

María suspiraba. Acariciaba mis mejillas. Me susurraba cosas incomprensibles, a las que yo apenas prestaba atención. Percibía una extraña convulsión en esas caricias. Era como si todo el agitar de su cuerpo se prolongase en el mío y me hiciese vibrar con sus temores. La sentía cerca y lejos a la vez.

-- Es muy grave lo que me ha ocurrido, ¿verdad, María? -- le pregunté conciso, buscando una palabra de consuelo en la respuesta.

-- Sí, pero te recuperarás -- contestó sonriendo.

-- No siento las piernas. No puedo mover los brazos. Dime la verdad, María -- supliqué.

-- Tranquilízate, Juan. Los médicos te lo explicarán mejor que yo. Te atropelló un coche... -- no supo proseguir.

-- ¿Cuánto tiempo llevo aquí? -- inquirí lleno de temor.

-- Doce días -- respondió ella.

-- ¿Doce? -- repetí.

-- Sí. Te han tenido sedado -- contestó.

-- ¿Cómo fue? -- pregunté.

-- Te atropelló un coche al cruzar el paso de cebra de Simago. Te golpeaste con la cabeza en el bordillo de la acera. Luego unos hombres te trajeron en un taxi.

-- ¿Y mis padres? -- pregunté.

-- Están en la cafetería. Nos turnamos. Ahora deben estar comiendo. Se van a poner muy contentos cuando sepan que has despertado. -- intentó animarme.

-- ¿Habéis llamado a la oficina? -- me vino a la cabeza todo el trabajo pendiente de resolver.

-- Claro; no te preocupes por eso. -- afirmó escuetamente, como sin darle importancia a tan repentina preocupación.

-- ¿Qué me van a hacer? -- me asaltó de nuevo el temor.

-- En cuanto puedan te van a llevar a Toledo. Allí te harán más pruebas. Hay un centro especializado en accidentes como el que has sufrido -- me dijo.

-- María te oigo muy lejos. Llama al médico, por favor. Tengo miedo -- sentí como el cuerpo inerte tiritaba.

-- No te preocupes, Juan, ya viene -- colocó sus manos sobre las mías.

No quería abrir los ojos. Mantenerlos cerrados era un alivio. Todo me daba vueltas. De poder salir corriendo lo habría hecho, para dejar atrás la pesadilla.

El médico se hizo esperar. Parecía que el tiempo se hubiera congelado. No deseaba hablar; mis propias palabras me llenaban de zozobra y desasosiego.

Comencé a sudar. Una gota salina se introdujo en mi ojo derecho. Mi vida había dado una vuelta completa en apenas un suspiro. Todo cuanto sentía, quería o anhelaba; todas mis metas o ideales no significaban nada en aquel instante ante la indefensión en la que me encontraba. Era carne prisionera, atada a una cama, sin posibilidad de defensa y en la impunidad del que encadenan a la leva. Era preso de un cuerpo que se negaba a obedecer mis órdenes.

Todo cuanto me rodeaba me parecía lejano. La mesita de noche, de la que apenas vislumbraba el perfil, llena de revistas. El techo alto, blanco, adornado

por una lámpara fluorescente de luz difusa. El hueco del pequeño pasillo, que no se sabía si iba a dar a otra habitación o a algún extraño lugar, en aquel laberinto que comenzaba en mi cama.

El médico cortó de raíz mis cavilaciones. Por un momento tuve la sensación de que todo volvía a ser como antes. La voz y sonrisas del facultativo me devolvieron a la esperanza.

-- Ya era hora de que despertaras -- me comentó amablemente, como si la situación careciese de importancia.

No respondí nada. Me quedé mirándole como al mago que te va a dar la pócima de la salud eterna.

-- ¿Cómo te encuentras? -- preguntó.

-- No entiendo qué es lo que me pasa. No puedo moverme -- le respondí, poco menos que sin abrir los labios.

-- Te explicaré lo que te sucede. Hace doce días te atropelló un coche; te golpeaste en la cabeza y a consecuencia del golpe sufriste una lesión medular. No sabemos todavía el alcance definitivo de la misma. Pero debo adelantarte que es algo serio. Sin embargo, no quiero que te preocupes innecesariamente. Estás en muy buenas manos y vamos a hacer todo lo posible para que puedas recuperarte cuanto antes. Debo advertirte sin embargo, que tu vida ya no volverá a ser como antes -- acabó señalando en tono grave.

-- ¿Voy a quedarme paralítico? -- enfaticé con la ansiedad del condenado que anhela el perdón del verdugo.

-- Tus funciones motoras no serán las de antes. Hay posibilidades de que puedas manejarte con una cierta autonomía. Pero tendrás que habituarte a vivir de otro modo -- me dijo, de nuevo con gran seriedad.

-- ¿De qué modo? ¿En una silla de ruedas? -- hube de contener la emoción para no romperme.

-- Sí; en una silla de ruedas. Pudo costarte la vida. Pudiste incluso sufrir una lesión cerebral que te hubiese dejado prácticamente en situación vegetativa. Lo cierto es que estás vivo y que eres un hombre joven. Tienes toda una vida por delante para luchar y afrontar todo lo que te depare el futuro. Lo único que te va a diferenciar de los demás es la altura desde la que contemplar las cosas -- me animó, apretándose las manos.

-- ¡Yo no quiero vivir en una silla de ruedas; ¡Prefiero morir; -- y al pronunciar la frase temblé de miedo y de angustia, y una sensación que jamás antes había experimentado, me hizo retrotraer a los lugares más oscuros del pensamiento.

-- Naturalmente, vas a necesitar ayuda para superar el "shock". La tendrás. De aquí a unos días te enviaremos al Hospital de Tetraplégicos de Toledo, donde vas a tener toda la que necesites -- me dijo,

-- ¡Yo necesito mover mis piernas. Sólo eso necesito; -- grité.

-- Tendrás movimiento. Todo llegará. De momento tendrás que empezar por asumir que lo que ha ocurrido en tu vida es como una prueba. Un alto en el camino. Desde este preciso momento tienes que empezar a emplear toda tu energía en enfrentarte a los nuevos retos que sin duda se te van a presentar. En Toledo aprenderás a hacer uso de recursos de tu propio cuerpo, que quizás te sorprendan. El cuerpo es sólo un mecanismo. La determinación de las personas es la que hace que el ser humano supere todas las limitaciones y no tenga más límites que los de la imaginación. Juan, yo confío en ti. Creo que todo en esta vida tiene solución, excepto la muerte; y tú estás vivo, y te aseguro que con muchos años por delante para sacar de la vida todo cuanto te propongas -- me dijo, brillándole la mirada al hacerlo.

-- Dios mío, Dios mío -- murmuré sin apenas fuerzas, cerrando los ojos una vez más.

-- Por lo demás Juan, te encuentras perfectamente de salud -- me animó.

-- Salud era lo que tenía antes. No puedo entender por qué me ha tenido que suceder a mí. ¿Qué es lo que he hecho para merecer algo así? -- mis lamentos eran un grito de dolor contra todos.

-- Un coche se saltó un semáforo a gran velocidad. Tuviste un movimiento reflejo, que probablemente te salvó la vida; pero caíste de cabeza sobre el bordillo. Luego, te trajeron aquí en un taxi. En Madrid, a pesar de todo, hay todavía gente de buena voluntad. Pero también quiero que sepas una cosa. Aunque el daño era ya seguramente irreparable, tu traslado al hospital no fue del todo correcto. Eso nos complicó las cosas. No puedo asegurarte plenamente si en Toledo podrán o no componer lo que se descompuso en el traslado -- me advirtió de nuevo apretando los labios.

-- ¿Quiere decir que si no me hubieran trasladado inmediatamente y hubiesen esperado a un médico, quizás ahora no me encontrara como me encuentro? -- pregunté lleno de nerviosismo, latiéndome a toda velocidad el corazón.

-- No exactamente eso. Hubo precipitación. La ambulancia del Samur llegó tan sólo cinco minutos después de que el taxi se hubiera marchado. Siempre es mejor que sean expertos quienes hagan los traslados. Por otra parte, el accidente resultó muy aparatoso. Perdiste una gran cantidad de sangre. En fin, a veces la gente tiene mejor voluntad que conocimiento de hacer las cosas. Pero no hay que darle más vueltas. Tú sabes que lo que nos haya de ocurrir, nos ocurrirá de una u otra manera. Hay un destino que no es posible eludir. Tú puedes contarlo y sabes que te vamos a ayudar a que puedas sacar el mayor provecho de todo. ¡Te prometo que lo haremos! -- manifestó enfatizando la expresión.

-- Han destrozado mi vida por completo. ¿Qué voy a hacer a partir de ahora? Tenía un buen trabajo. Me gustaba lo que hacía. ¿Qué puedo ofrecerle a mi novia? ; ¿qué puedo ofrecerme a mí mismo? -- inquirí atormentado.

-- Todo, cariño -- respondió María, que se encontraba junto a mí.

-- Tú sabes que no es así. Voy a ser un inválido. Soy un inválido. Alguien que necesitará siempre que le echen una mano incluso para sus necesidades más

íntimas. Tú sabes María que nunca aceptaré la compasión de nadie. Voy a ser una carga, incluso para mí mismo. Tengo que pensar. Estoy muy confuso.

-- Siempre estaré a tu lado...

-- María, por favor, no digas nada.

Se hace el silencio. El médico me ausculta, más por quebrar la tensión del silencio insoportable que por otra cosa.

El silencio también duele. No quiero escuchar a nadie.

-- Dejadme solo – sollozo.

Capítulo 2

La vida es una etapa, no sé si hacia otra forma de existencia o forma parte de un proceso más general. Pero de lo que estoy absolutamente convencido es de que desde el mismo instante en que nacemos estamos en cierta medida muriendo. Cierto es que en los albores del segundo milenio la muerte es algo que se trata de ocultar; de no sentir como cotidiano. La sociedad trata de mantener en la esfera de lo estrictamente privado el sentimiento del dolor por la pérdida de los que nos son queridos. A la muerte se le teme; por ello se oculta su rostro, se tapan los aspectos externos, como si con ello se consiguiese mantenerla alejada.

Siempre he convivido con el pensamiento de la muerte. Desde que tengo uso de razón y, más aún en concreto, desde el fallecimiento de mi abuela materna, pienso que en cualquier momento me ha de suceder a mí lo mismo; que la juventud no es sinónimo de vida eterna. En ese aspecto reconozco que quizás maduré demasiado pronto. Quizás contribuyó a ello también la temprana pérdida de mi amigo Alejandro, fallecido en un accidente de bicicleta cuando aún no había cumplido los doce años. Esas cosas marcan mucho a un niño. Más aún cuando al juego sigue la muerte, como si una cosa continuase a la otra. Ver morir a un niño es muy duro para otro niño.

Su madre nos había advertido: "niños, cuidado con las bicicletas. Los coches están donde uno menos los espera". Como una premonición un coche se lo llevó, ante el estupor y desesperación del que ve impotente cómo su mejor amigo cae para no levantarse nunca más.

Todo esto lo tengo más presente que nunca y estoy seguro de que se agudiza por la situación en que me encuentro. Probablemente hubiese sido mejor que el

coche me hubiera enviado a mí también al otro barrio. Siempre pensé que iba a ser capaz de afrontar la propia muerte de una manera más resignada. Pero la postración y el hecho de estar prácticamente en una situación de suspensión, en la que otros son lo que deciden por mí, me hace contemplar, sin quejarme, el anticipo de una muerte, a la que temo más de lo que creía.

En realidad he de confesar que siento auténtico pánico. Sin embargo, la sensación horrible de pérdida de control, de impotencia y de pensar que voy a ser incapaz de afrontar con dignidad los últimos momentos, me mantiene en un estado cercano a la catalepsia. No puedo seguir así por más tiempo. ¡Quiero vivir. La muerte me da mucho miedo;

¿Qué es lo que me va a ocurrir de ahora en adelante, si no puedo controlar siquiera la respiración? ¿Si me llega una bocanada, de asco y hastío, moriré entre mis propios vómitos? Y tengo ganas de vomitar. No quiero alimentar más a este cuerpo, que me resulta extraño. ¿Cómo podré librarme de la opresión? ¿Cómo afrontar lo que me reste?

Esta mañana hubo un momento en el que traté de abrir los ojos, moverme, y no pude hacer ni lo uno ni lo otro. Me faltaba la respiración. La postura en la que me encontraba no me favorecía; me estaba asfixiando. No pude siquiera dar un grito. Por unos instantes sentí incluso cómo salía del cuerpo. En realidad estoy pegado con clavos a él. Quise abrir los ojos; llamar a la enfermera, a mis padres... no pude ni gritar.

Antes nunca realicé un esfuerzo semejante. Sólo el control de la mente y la voluntad de no morir, porque no me encuentro preparado, me hicieron volver a una vida que se me estaba escapando a chorros del cuerpo. ¡Qué horrible momento;

No hace aún veinte días daba saltos, corría, bailaba; era un hombre aún joven, impetuoso y con ganas de comerse el mundo, con sueños y ambiciones... Ahora no soy nada. Sólo un trozo de carne, que aspira a huir de la cárcel del cuerpo.

No encuentro palabras para describir la impotencia de saberme de repente sin destino. Quisiera tener fe en una nueva vida; en una situación donde pudiera moverme con total libertad. Volar tal cual imagino en los sueños. Porque en mis sueños vuelo, floto libremente y sin ataduras. No hay resquicio o lugar en el que no tenga cabida. Me siento feliz, yendo de uno a otro lugar. Incluso el mundo me parece hermoso y hermosas las criaturas que en él habitan. El despertar me hace, sin embargo, sumergir en un abismo de profundidades insondables del que no consigo salir.

No quiero ver a nadie; menos aún a María, a la que libero de su compromiso para conmigo. La compasión me hace daño; me ofende. Si no puedo ser o estar como ellos, me dejaré morir. No tiene sentido estar permanentemente sumergido en esta horrible neblina.

Comprendo lo extremadamente dura que ha de ser la prisión para quien antes fue libre. Pero de lo que estoy absolutamente convencido es de que no hay peor castigo que ser libre y no poder moverse. La libertad es el movimiento. Es mucho peor que estar preso. Además, confieso que soy un cobarde que tiene

mucho miedo. Ni mis padres, ni los médicos ni los psicólogos podrán aliviar la condena que me corroe y que amenaza con hacerme estallar por dentro.

Ahora más que nunca me gustaría creer que tras ésta hay otra vida. Si así fuese; si yo creyera que en verdad existe esa otra puerta a otro mundo distinto, pediría que se me facilitase cuanto antes la llave para dejar lo más atrás que pudiera este antro de dolor.

No existe nada tras la muerte. El cuerpo es pura química y reacciona con impulsos de dolor frente a la propia disolución.

Siempre creí que mi abuela era el ángel que me advertía de los más graves peligros. Sin embargo, el día del accidente de nada me sirvió su pretendida protección. Sencillamente la abuela sólo tenía continuidad en mi pensamiento. Nada más de ella ha permanecido en este o en otro mundo. Su hipotética presencia era un efecto placebo y adormecedor de la mente, que ante la pretendida protección de la que creía gozar, me hacía ser descuidado ante cualquier peligro potencial.

Las enseñanzas religiosas actúan como una bola de nieve que envuelve a las personas generación tras generación. ¿Dónde se encuentra lo eterno del ser humano? En los días que llevo en el hospital he tratado desesperadamente de percibir siquiera un resquicio de esa luz; un algo que aporte el consuelo necesario a la existencia. Nada; no he sido capaz de ver o intuir sencillamente nada.

De pequeño iba a misa los domingos. Me gustaban los cánticos. La ceremonia; el olor a incienso. La majestuosidad del templo inducía en mí un recogimiento y una especie de hormigueo que pensaba yo era por la presencia de Dios y porque en efecto allí se hallaban las puertas del paraíso.

Ahora no soy capaz siquiera de rezar un padrenuestro. Me revelo contra el destino y contra quien haya dispuesto que me vea sin más vida que la de un cerebro que de un momento a otro, de seguro va a estallar.

En unos instantes vendrá la enfermera a retirarme la cuña de la orina. Me molesta la naturalidad con la que hurga mis intimidades. Me da asco mi propia mierda. Me siento más indefenso que un niño. No consiento que nadie me ponga las manos encima. No sé si soportaré sin gritar que lo haga de nuevo. El cuerpo actúa solo. ¡No controlo el momento de hacer mis necesidades;

-- Hola, Juan, ¿cómo te encuentras? -- me saluda la enfermera, interrumpiendo mis reflexiones.

-- Ya ves, aquí me ando -- le respondo con toda la sorna de que soy capaz, pero a la vez con toda la dureza de la rabia que me explota por dentro.

-- Bueno, vamos a cambiarte de posición y a higienizarte un poco -- prosigue, como sin dar importancia a mis palabras.

Y lo hace con la dulzura del prepotente; del que se puede mover libremente. No sabe el daño que me hace. No soy capaz de gritar. Con las escasas fuerzas con las que puedo manejarme y girando parte del cuerpo con el cuello, hago todo lo

posible por perturbar su trabajo. Me opongo. Es la lucha de David contra Goliat. Lo intento desesperadamente. Ella parece darse cuenta.

-- Somos unas pesadas, ¿verdad? -- insiste y consigue vencer mi resistencia.

-- Hacéis vuestro trabajo -- le digo, y cierro los ojos para que no perciba mi emoción.

Me pregunto cómo una mujer tan aparentemente frágil, no debe pesar más allá de los cincuenta kilos, es capaz de manejar con tanta soltura a alguien como yo, que pesa más de ochenta. Lo hace con exquisita suavidad. Huele a naftalina, a monjita. Por unos instantes me dejo hacer.

-- ¿No te da asco oler mis porquerías? -- le digo.

-- A todo se acostumbra una. Hay cosas mejores, desde luego. Pero para eso estamos -- me contesta.

-- ¡Yo no quiero que nadie me limpie el culo. Quiero ser yo mismo quien lo haga; Nunca antes le había enseñado a nadie mis partes. No me ha gustado siquiera que me vea mi novia. Y tú te mueves por ahí como Pedro por su casa -- le confieso con enojo.

-- No me ofendo. Para mí son una parte más del cuerpo. No me producen ninguna emoción. Y desde luego tu hombría la sigues manteniendo intacta. No te preocupes por ello -- matiza suavemente, sin mirarme a los ojos.

Llega la noche. Y con ella el insomnio, que se torna cruel. Trato de relajarme; de olvidarme de que soy reo del propio cuerpo. No lo consigo. Parece como si en mi interior habitasen dos personas. Las dos hablándome a un tiempo. Voy a volverme loco de seguir así.

Si no hubiese nacido todo hubiera sido distinto. ¿Por qué hube de nacer? Fue tan sólo el destino, o el azar, quien lo determinó. Millones de espermatozoides luchando por fecundar al óvulo. De todos ellos, uno ganó la partida. Y aquí estoy yo, que lo mismo podía haber que no haber sido.

De no haber nacido nada de esto me estaría sucediendo. Ni hubiese venido a esta vida tan extremadamente dura para todos.

Sé que es absurdo, que naturalmente de no haber nacido no sufriría, pero tampoco gozaría del hecho de vivir. Lo cierto es que los hombres no disponemos, como el resto de las especies, de la capacidad de no pensar en la propia muerte. Las demás especies afrontan incluso de otra manera la incapacidad de sus iguales. ¿Cómo es posible pensar que me vaya a quedar de por vida en esta situación? Ningún animal mantiene a otro animal inválido. Además, no he sido útil a la sociedad. Llevo toda la vida formándome para ser útil a los demás: estudiando, aprendiendo, leyendo. Cuando justamente me encuentro en la plenitud de energías y recursos, todo se vuelve en mi contra y, de ser potencialmente útil, me transformo en carga pesada.

Y por qué me ha de dar miedo la muerte. ¿No mueren diariamente millones de personas en todo el mundo? La muerte ha de ser una especie de tránsito, como lo es el nacimiento. No creo ser distinto a los demás. Me da miedo la angustia, el dolor, la soledad; el no poder respirar y tratar desesperadamente de llenar de

aire los pulmones. No sé cómo explicar lo que siento. Lo más cercano que recuerdo es la impotencia que sentía en las aguadillas que me hacían de pequeño en la piscina. Aunque imagino que ese instante de angustia máxima será un momento nada más. Cierto que un momento horrible. Pero luego vendrán la paz y el silencio.

Lo peor es que me entierren con vida. Si el cuerpo entero se detiene pero por dentro sigue aún vivo, ¿quién lo habrá de saber? He leído que al cabo de los años, cuando se desentierren los cuerpos de los muertos, algunos presentan señales de haber sido enterrados con vida. Uñas y dedos rotos; las mandíbulas fuera de sí. Me estremezco sólo de pensarlo.

Creo que lo mejor es la incineración. De existir algo de vida el fuego se la lleva consigo. De haber algo en el más allá, da igual la forma en la que quede el cuerpo.

Cómo pueden hacerme comulgar con ruedas de molino. No existe nada, sino una cadena en la que el hombre pasa al hombre un testigo. Pero somos una especie efímera. Llegará un momento en que las ratas, los piojos y las chinches sean los dueños del Planeta. Puede que, para entonces, alguna cucaracha con las patas rotas se haga las mismas preguntas que yo. Me gustaría creer en algo. Es más, necesito creer. Pero por más vueltas que le doy no consigo vislumbrar nada. El sueño es un escape. Quisiera creer que en realidad es un anticipo. Pero no es antesala de nada; es una especie de hibernación de los pensamientos durante el descanso del cuerpo, quizás precursor de la muerte. Pero, tras el sueño como tras la muerte, no hay nada.

Hoy más que nunca necesito tener fe. ¡Necesito creer en algo para no morir de desesperación!

¿A quién se le puede haber ocurrido la crueldad de dar vida a monos pensantes? Cuándo más a gusto se encuentra el primate en la vida, ¡pum! se da de morros contra el árbol que le hace despertar del sueño absurdo de esa pretendida felicidad en la que creía vivir.

No es que sea tan ingenuo como para pensar que todo este orden de galaxias, estrellas y Planetas haya surgido de manera espontánea; pero aún habiendo un Creador, ¿qué sentido tiene para el orden cósmico la existencia del hombre? ¿Por qué ha de ser más el hombre que la cucaracha o la lombriz?

Y ese Creador ¿tiene sentimientos? Naturalmente desde el punto de vista humano o como el hombre, no. Puede que precise del hombre para experimentar. Para transformar la naturaleza y comenzar de nuevo otro ciclo, en el que cualquier otra criatura capaz de moverse y de hacer uso de lo aprendido, transforme el medio, hasta que llegue otra vez el momento en el que éste se equilibre, en la medida en la que el Creador lo estime oportuno.

Porque el Creador puede ser cualquier cosa, una ecuación matemática o una galaxia más grande que las demás. Pensar en el Creador como en un ser grande, de barbas y aspecto bonachón, es la interpretación humana de lo que se desconoce y se quiere ver como uno es capaz de entender.

Confieso que me gustaría sentirle como un padre. Cuando murió Paquita, amiga del alma y de tercero de BUP, lloré mucho su muerte. No fui capaz de entender

que Dios quisiera llevarse a una chica tan angelical. Me revelé contra tan grande injusticia. Pero lo único que pude fue lanzar miradas asesinas al Cielo. No es justo que se vayan los buenos y se nos deje tan solos.

Una noche, tres o cuatro meses después de su muerte, sucedió algo extraño. Justo cuando más la lloraba; cuando más la echaba de menos y me lamentaba del terrible infortunio de la soledad en que nos dejaba, experimenté una experiencia inenarrable. Tenía la luz apagada y sólo una raya de luna se dejaba filtrar por la ventana. De repente, la habitación se iluminó y creí ver al trasluz una bellísima mujer envuelta en un halo tan hermoso como difícil de describir:

-- Paquita ¿eres tú? – pregunté en silencio.

No hubo respuesta. No sentí miedo. La miré fijamente.

Aquella visión se prolongó por espacio de un minuto o quizás más. Me deleité contemplándola.

Lo eché todo a perder cuando quise iluminar su cara; verla más de cerca. Enfoqué mi linterna hacia su rostro. Entonces desapareció.

Aquella visión ha sido la experiencia más curiosa y a la vez más bella que jamás haya experimentado. Repito, no tuve miedo, sino una sensación de dicha como nunca antes había experimentado. Y sé que era ella. Aquella noche dormí en la mayor felicidad. Me sentí relajado, reconfortado. Y los efectos de su presencia se prolongaron en mí durante mucho tiempo.

Comenté con los amigos lo sucedido. Hubo versiones para todo. He de confesar que yo mismo estuve convencido de lo sobrenatural de la experiencia. Sin embargo, el paso del tiempo y la razón me hicieron replantearme aquello y contemplarlo desde otro prisma.

Cuánto me gustaría que fuese verdad la luz del túnel de la que hablan los que han pasado por experiencias cercanas a la muerte; el recibimiento por los seres queridos. Si así fuese, superaría todos mis miedos y me dejaría morir. Pero yo creo que a la muerte hay que plantarle cara, y la verdad es que ahora no tengo fuerzas ni para compadecerme de mí mismo.

Tras mi muerte no habrá nada. Quiero aferrarme a esa pequeña luz de esperanza que parece dibujarme la borrachera de no sé qué hipotética armonía futura. Pero lo cierto es que los hombres lo hemos construido todo sobre la base de los sueños, y sólo eso y nada más que eso sustentan mis pensamientos.

Capítulo 3

Tres semanas después del accidente me trasladaban al Centro de Paraplégicos de Toledo. Allí iba a comenzar mi reeducación para la vida desde una silla de ruedas. Conservaba un quince por ciento de movilidad en la mano derecha, algo de sensibilidad en la izquierda y ninguna movilidad o sensibilidad en las piernas.

Lo primero que hicieron fue presentarme a quienes serían mis cuidadores: fisioterapeutas, enfermeras, médicos, asistentes; después me mostraron las instalaciones del centro. Quizás fue aquel momento el único en el que experimenté un conato de resignación, al saber que no estaba solo. Era una sensación cercana al brutalismo, al comprobar que no solamente era yo el que se encontraba cautivo del cuerpo, sino que había otras muchas personas en mi misma situación, algunos incluso muy jóvenes.

Duró poco la resignación. Supe que jamás volvería a ser el de antes; que nunca más me enfrentaría a los ojos de una mujer enamorada. Por mí sólo se podía sentir compasión desde aquel momento; no respeto.

Me dejé llevar de recuerdos; de ensoñaciones. No quería pensar en el futuro. Sólo el pasado guardaba brillos gratos para mí.

Me vino al pensamiento la tarde de toros en que conocí a Pilar. En mi mente el recuerdo se tornaba algo mágico y hasta sobrenatural. Escalofríos me recorrían por entero. Una sensación dulce y aletargadora en la que hubiera querido permanecer para siempre. Ella se encontraba dos filas de asientos más allá del mío. Sus ojos se cruzaron distraídamente con mis ojos; y allí quedaron prácticamente toda la tarde. Apenas si prestamos atención a lo que sucedía en la arena. Ni a los gritos, ni a los olés, ni a nada que no fuese intercambiarnos sonrisas y gestos graciosos.

Fue de lo más natural tomar sus manos. Una calidez y un embotamiento de los sentidos. Las palabras tardaron en salir de nuestros labios. Lo hicieron con el cosquilleo que produce el vino dulce.

-- Hola -- acerté a expresar en un esfuerzo ímprobo.

-- Hola -- me respondió ella.

-- Tienes unos ojos muy bonitos -- le comenté paladeándola con la mirada.

-- Tu también. -- correspondió al halago.

-- Nunca me había pasado antes esto -- le referí sincero.

-- A mí tampoco.

-- El mirarte ha sido precioso. Me gustas. -- añadí sonriendo

-- Tú también a mí -- y me tiró suavemente de las manos.

Pilar fue novia de un verano. A veces pienso que en realidad aquello nunca sucedió realmente. Lo cierto es que después de aquel verano no la volví a ver

más. Han transcurrido veinte años y la recuerdo tan real como si hubiese sido ayer.

Éramos prácticamente unos niños. Yo tenía diecisiete años; ella dieciséis. Había nacido en Cuba. Sus padres eran españoles. Se habían visto forzados a abandonar la isla, por causa de la política. Su padre era un destacado dirigente político cubano, que discrepaba abiertamente de Castro.

Debo reconocer que aquello para mí era difícil de entender y no poco misterioso. Sólo los años y el sedimento de su presencia me hicieron volver a sus palabras una y otra vez, hasta darles forma y sentido.

Habían recalado en Villanueva de los Infantes, por ser sus abuelos paternos naturales de allí. Al final del verano tenían previsto tomar un avión en Madrid--Barajas con destino a Miami, donde les habían garantizado estancia y trabajo, a la espera de regresar a Cuba tan pronto fuese derrocado Castro.

Su voz era suave. Fue mi primer amor. Jamás la olvidaré.

La tarde en que nos conocimos paseamos por los alrededores de la ermita, hasta el anochecer. Ella me contaba cosas de Cuba. Se emocionaba recordando las playas, sus amigos, el olor del Caribe.

Para mí, que ni siquiera conocía el mar, sus vivencias me resultaban exóticas, como de otro mundo.

Ella reía y su voz era cantarina. Parecía que nos conociésemos de siempre. Yo le hablé de mis estudios, de mis amigos, de cómo me gustaría recorrer el mundo y conocer Cuba.

Hablamos y hablamos y nos dejamos llevar por un tiempo que se nos hizo terriblemente corto.

-- Conocerás a muchas chicas, ¿verdad? -- me dijo, con un punto de ansiedad.

-- No a muchas. Pero contigo me encuentro muy bien -- le respondí con una sonrisa.

Cuando finalizó el verano me dijo que se iba; que ya no nos podríamos ver más. Lloramos los dos. Nunca había llorado en presencia de nadie. Pero mis lágrimas en aquella ocasión se dejaron llevar y se me fueron ojos abajo sin control:

-- Te escribiré todos los días -- me prometió.

-- Y yo a ti -- le reafirmé con el último beso.

Pero no lo hicimos ni ella ni yo. Entre otras razones por algo tan elemental como por no saber su dirección. La verdad es que tampoco tuve valor para pedírsela a sus abuelos. Un día, al cabo de unos cuantos años, me atreví a preguntarles por ella. Pude escuchar su voz grabada en una cinta y los compases de un piano. Eso fue todo.

Su amor fue creciendo en mí con los años. Le escribía cartas, que por fuerza jamás llegaban a salir de mi cuaderno. Le contaba todo cuanto me sucedía; cuánto la echaba de menos y cómo me gustaría besarla.

El servicio militar y el conocer a María fueron poco a poco diluyendo su recuerdo.

El primer amor es difícil de olvidar. De hecho, yo no la he podido olvidar del todo. La verdad es que no sé cómo reaccionaría de encontrármela frente a frente.

A pesar de todo, me duele mi propia sensiblería. No quisiera verla ahora. La añoro, porque añoro lo bueno y lo bello de la juventud. Los recuerdos de amistad, el tiempo de estudio y los pensamientos que le dedicaba. Postrado y sin capacidad de movimiento, lo mejor que podría ocurrirme es que muriese. Verla ahora sería un dolor, que no podría soportar.

Nunca oculté a María lo ocurrido con Pilar, ni lo que sentí por ella. María pensaba que aquello era una chiquillada, que no se puede amar un recuerdo. Yo he querido mucho y aún quiero a María; pero el recuerdo de Pilar es algo vivo que ha ido tomando forma y cuerpo tanto en mi mente como en mi corazón.

En esta nueva situación el amor es una debilidad. He de concentrar todos mis esfuerzos en arrastrar esta vida que me ha sido amputada. No quiero amar, ni recordar. Me duele mucho todo.

María dice que me quiere; que no le importa cómo me encuentre; que cuidará siempre de mí. Pero es un sentimiento maternal, que a mí incluso me gustaría agradecer. No puedo. La impotencia me ha vuelto egoísta. Si pudiese estallar yo mismo accionaría la bomba interior.

No imagino un futuro, porque no tengo futuro. El amor no tiene cabida en un cuerpo inerte. Sólo soy una cabeza pegada a un cuerpo muerto.

Para el amor hay que disponer de los cinco sentidos. El cuerpo se regodea en el sufrimiento. La falta de movilidad no ha reducido mi capacidad de sentir, de experimentar incluso un incremento en los deseos. Cuando veo a María he de hacer esfuerzos para no desearla intensamente. Sus labios, sus pechos, sus piernas. Toda ella es fruta que me gustaría morder para calmar esta sed, que por fuerza me veo obligado a contener.

Vienen, pero los dejo. Desprecio el deseo y las ganas de fundirme en su cuerpo; porque el mío ya no es nada. Ella pone sus manos sobre las mías, y apenas si constato un lejano hormigueo. Si tuviese fuerzas se las retiraría. He de contenerme para no gritarle, para decirle que sus caricias me hacen daño.

Y en sueños es incluso peor. Porque lo de dentro aún no sabe que lo de fuera es inservible. Hay noches en las que el necesario desahogo fisiológico hace que me vaya, como si fuese un maldito perturbado. Y me avergüenzo, no porque la enfermera me haya luego de limpiar, sino porque no quiero sentir.

No quiero hacer nada; dejarme estar simplemente. Los ejercicios de recuperación que me proponen son sencillamente ridículos. ¿Qué recuperación puedo tener si sólo soy capaz de mover un poco la mano derecha? Me duele mucho todo; yo sólo quiero dormir y no despertar.

-- Vamos, Juan, tienes que hacer un esfuerzo -- me ordena el fisioterapeuta con una amabilidad que me crispa.

-- ¡No puedo. Déjame en paz! -- me niego con toda la furia de que soy capaz.

Y el maldito no se da por aludido. Me sujeta por las axilas. Me sitúa ante una paralelas.

-- Lo vamos a conseguir -- intenta estimularme.

-- ¡Yo no voy a conseguir nada. Esto que arrastro es un trozo de carne muerta; -- le grito.

-- Juan, eso que tienes es el cuerpo que engendró tu madre. Y aunque sólo sea por eso, le vas a tener el respeto que merece -- me advierte con energía.

-- No puedo, de verdad. ¡No siento las piernas; -- le replico, suplicando me deje en paz.

-- Tú mírame a los ojos; concéntrate y haz toda la fuerza de que seas capaz con el pensamiento. El resto lo haré yo -- me convence y me lleva.

Y consigo sujetar una de las paralelas con la mano derecha. La mano izquierda no la siento. El fisioterapeuta la ha situado en la otra barra, pero no puedo controlarla.

El amor es una trampa. Probablemente este hombre hace lo que hace tanto porque es su oficio como por mitigar el dolor de sus semejantes. Pero yo lo único que siento es que esa compasión, ese amor hacía los enfermos que él siente, me aleja de lo que debiera ser mi destino: morir.

Nadie puede imaginar lo que es sufrir una crisis de angustia para un tetrapléjico. Es la más horrible de las experiencias que pueda sentir criatura alguna. Es morir, sin morir. Una agonía en la que cada inspiración, cada latido se transmite del corazón a las sienes. Es sudar por dentro, quemarte, ahogarte, todo junto. Cuando ocurre, concentro todas mis fuerzas por incorporarme, por dar un salto y lanzarme al vacío desde la ventana. No puedo y tiemblo como si me fuese a dar un ataque.

-- ¡Ayúdame, por favor; -- imploro, rogando al Cielo y a todos los que puedan hacer lo más mínimo por ayudarme.

Y me inyectan un tranquilizante. Poco a poco me voy relajando. Una neblina se interpone ante mí. Por unos instantes me siento bien. Luego nada. Soñar y en el sueño vuelo y vuelo, libre como un pájaro.

Luego sueño que llego tarde al trabajo; que el jefe se irrita conmigo y yo me pongo nerviosísimo. También sueño que paseo con el Rey, y que me revuelco en barro. Después me veo en el entierro de un amigo. Su madre llora y me pregunta si he visto su bolso. Mis padres me contemplan sin decir nada. Les tiendo mis manos, que se hacen largas y largas sin llegar nunca a ellos. Comienza a llover; se forman charcos. Los piso. Ríe a carcajadas. Me despierto riendo.

¡Dios!, ¿por qué me río?

La mente funciona con independencia del cuerpo. Eso lo sabe mejor que nadie quien no puede moverse. En sueños o en duermevela, eres tan libre como cualquier otra persona. Incluso cuando estás ensimismado en un pensamiento, te olvidas de que te encuentras prisionero. Pero eso apenas dura un momento.

Minuto a minuto, despierto o dormido, todo la hiel que se te diluye en las tripas te recuerda que ya no eres nada, sólo un juguete roto en manos de gente "que jura que te quiere".

Le he repetido a María que es libre; que no venga más a verme. Me hacen más mal que bien sus visitas.

-- Por favor, no vengas más María -- le imploro sin atreverme a mirarle a la cara.

Ella insiste en que ahora más que nunca está dispuesta a casarse conmigo y a cuidar de mí el resto de sus días.

Si no fuera porque he perdido el sentido del humor, su propuesta me haría gracia. Hay un algo que se acentúa en las personas tetrapléjicas. Una especie de sexto o séptimo sentido, que te hace distinguir perfectamente entre cariño, amor y compasión.

Admito que ella esté enamorada. Pero lo está de un Juan que murió hace cuarenta días. Me gustaría complacerla. Darle la oportunidad de ser feliz con Juan; pero ese Juan de María es para mí un perfecto desconocido.

-- Juan, yo te quiero. No es compasión lo que siento -- me susurra con arrumacos y caricias.

-- María, no digas tonterías, por favor. Cada vez que te veo, me recuerdas algo que por fuerza tengo que empezar a olvidar. De lo contrario voy a volverme loco. -- le aseguro con rabia.

Capítulo 4

No recuerdo desde cuándo no rezaba. Creo que la última vez que lo hice tenía doce o trece años. El padrenuestro me era familiar, pero me costaba hilvanarlo de corrido de manera satisfactoria. Lo intenté repetidas veces. Imploré al niño Jesús.

-- Niño Jesús, recurro a ti por mediación de tu santísima madre, la Virgen María, para que me concedas la gracia de volver a andar. No te pido que sea como antes, pero por favor que pueda valerme por mí mismo. Sé que en tu infinita bondad escucharás mi plegaria. Me arrepiento de todos mis pecados y prometo que de ahora en adelante no volveré a quejarme de mi suerte, ni de lo que la vida me depare. Por favor, ¡ayúdame!

Me costó admitir que en mi mente racionalista quedase aún un atisbo de fe. En la salud, Dios me resultaba lejano. Pero necesitaba aferrarme a un clavo ardiendo: divino o humano. Recurría a Dios con la imperiosa necesidad del naufrago que se agarra a la tabla de salvación, para no sucumbir en el mar embravecido de la propia angustia.

Reconozco también que en mi oración había algo de oportunismo. A mí me cuesta imaginar a Dios, en un mundo en el que miles de niños son víctimas de la violencia más irracional. Me cuesta ubicar a Dios entre tanto y tanto dolor. Seres que jamás han tenido oportunidad de manifestarse, y que seguro, de poder hacerlo, lo harían si cabe con la violencia del que nada tiene que perder. Seres a los que el destino, Dios o la mala suerte corta las alas de una existencia tan efímera como terrible... Y Dios no aparece por lado alguno.

Para saber de Dios sólo hay que darse una vuelta por los hospitales. Allí se encuentra en cada historia, en cada quejido y en la desesperanzada y titánica lucha del enfermo que sabe que jamás volverá a recuperar el brillo de lo que fue en día. En el rostro de aquellos enfermos que en algunos casos y, con un poco de suerte, serán devueltos a sus casas con la etiqueta de irrecuperables. Ahí se encuentra Dios, y no en los laboratorios o en los misales del templo.

Un enfermo es algo más que una estadística, un número que se suma semana tras semana, a veces en mitad de la sonrisa del presentador del telediario, cuando se habla de las víctimas de la carretera. Ahora comprendo el dolor que encierra cada número, cada cifra de muertos, heridos o mutilados, porque sencillamente detrás se esconde un drama como un mundo.

Jamás he sido maleducado o irrespetuoso con mis semejantes. Ya se encargaron en su día los Dominicos del Virgen de Atocha de hacerme comprender la importancia del ser humano. Pero de ninguna manera puedo respetar o ser amable con los demás, cuando siento tanta rabia y frustración conmigo mismo.

Las amabilidades y atenciones de quienes cuidan de mí son irreprochables. Quizás en un afán perfeccionista, que en ocasiones me provoca incluso daño y pese a vivir en un estado de permanente desesperanza, se me hace criticable la actitud de alguno de los médicos, que parecen ver más en el enfermo,

complicados cachivaches, que seres en un permanente estado de autocrítica y revisión interna.

Lo cierto es que en mis primeros meses en El Centro de Tetrapléjicos de Toledo, apenas mantuve contactos con otros enfermos ni participé en reuniones o visitas a ningún otro lugar del centro, al que no me viese obligado a ir por la fuerza. Todo lo rumiaba en soledad. Lo mismo imploraba al Cielo, que me dejaba llevar de la ira y gritaba hasta hacerme daño.

-- ¿Dónde estás, Dios? ¿Has tomado vacaciones? -- decía.

Y es probable que Dios no juegue a los dados, como bien decía el gran Albert Einstein. Es seguro que todo tiene una razón y un porqué. Lo que me resultaba del todo punto imposible entender era por qué precisamente yo, entre tantos y tantos.

Es cierto también que ese malestar que uno pueda rumiar por dentro de verse privado de golpe de las raíces y el hecho de que la vida en Madrid resulta en ocasiones bastante difícil, hacen que la dicha se empañe por los demonios ocultos que nos acompañan a todos desde que salimos disparados del útero materno.

Lo cierto y verdad es que el último pensamiento que tuve en libertad fue el de mi pueblo.

¿Dónde estabas, Dios? Tú que todo lo ves, te complaces en ponerme la miel en los labios, y cuando más confiado estoy, cuando me dejo llevar de un dejarse hacer, me golpeas con toda la saña de que eres capaz.

Si querías demostrarme que vivir es sufrir; que la felicidad es sólo un concepto, sin plasmación práctica posible, no tenías que haberte molestado tanto. Lo sé. Esa aparente indiferencia que ves es pura coraza. Yo sé lo difícil que resulta salir adelante para muchas criaturas. Madrid puede ser un paraíso, pero también es jungla.

Si por el contrario piensas que no te tenía en mí; que me había olvidado de que esta vida es de prestado, creo también que te has equivocado. De hecho toda mi existencia ha sido un continuo sacrificio por hacerme merecedor de lo que tengo. Al principio fue el adaptarse a una ciudad, que carecía de espacios abiertos para la imaginación de un niño nacido en las inmensas llanuras de La Mancha. Después fueron los estudios. Sólo tú puedes saber lo durísimo que puede ser para el hijo de un jornalero llegar a ingeniero.

Me dejé llevar, es cierto, de una cierta relajación. Pero en el fondo esa dejadez era como un respeto por lo establecido, incluido tú. De hecho en una ciudad tan poco caritativa yo siempre me había ufanado en ser de la UNICEF y de Manos Unidas.

No entiendo por qué un precio tan alto por una falta tan leve. Es tan corta la vida, que no entiendo cómo un descuido se ha de pagar por mil veces.

Ya no creo en nada, ni en ti ni en las personas, ni aún en mí mismo. Sólo creo en la ley del más fuerte. Dios no eres tú, sino el médico. La gente actúa de una determinada manera, que pudiera simular un comportamiento solidario o

fraterno, tan sólo en prevención de hipotéticas inconveniencias; uno se adapta a los cánones con tal de obtener lo que en todo momento más le satisface. Se es fiel a unos esquemas concretos, porque no hay más narices, no por convicción. Uno se conforma con lo que se le da sin preocuparse de si es justo, perjudica a terceros o simplemente los ignora. ¿Dónde se encuentra el Dios de las cocinas? ¿Dónde te encuentras tú, que no te veo?

En estos momentos tan sólo manifiesto una gran inquietud por saberme carne de pudridero; saber que en cualquier momento el gusano de la muerte se adueñará de mí, sin tener a nadie que consuele esos instantes que median entre lo reflexivo y la descomposición.

Pero afirmo a la vez y sin recato alguno ¡qué tengo miedo; que deseo y suplico tu ayuda para simplemente caminar con dignidad los últimos días por este mundo de locura;

Me has vencido Dios, de hecho siempre me tuviste a tu merced. Dame una nueva oportunidad. Te demostraré que soy capaz de mejorar; de entregarme a los demás. No me dejes en esta agonía. Tú sabes que no soy carne de prisión. Soy de esos reclusos que enloquecen y se quitan la vida colgados de una sábana. Bien es verdad que carezco del coraje suficiente y de las fuerzas precisas para hacerme el nudo.

¡Ayúdame, el miedo es muy malo; Es morir devorado por uno mismo. No sé si podré soportar los últimos instantes. Voy a tener muy mal morir. Hazme el favor de llevarme en el sueño. Ya he cumplido cuanto tenía que hacer en este mundo. No quiero ser una carga para nadie.

¿Qué va a suceder cuando mis padres mueran, si yo sigo aún con vida? ¿Quién querrá hacerse cargo de un vegetal, que sólo come, caga y siempre está de mal humor?

Quiero hacer un pacto contigo. Si me llevas sin sufrir, si cierro los ojos y los abro en un lugar distinto, te prometo que jamás tendré un descuido, que nunca más me volveré a olvidar de los demás.

Y no sé cómo decirle a María que no venga más. Ella insiste; pero yo no quiero verla más. No la quiero ofender, ni ofenderte, Dios; pero verla con ese color de cara, con ese descuido con el que se mueve y me hace las cosas, me provoca más mal que bien.

Ella dice que nos casemos. Me quiere, y la creo porque yo también la quiero y en eso tiene difícil cabida la mentira. Pero una cosa es el amor y otra muy distinta soportar, de por vida, la carga de otra persona, siendo que uno no es siquiera capaz de sobrellevar la propia.

-- María, por favor, no vengas más a verme. Te das una paliza diaria para venir de Madrid a Toledo, y yo ahora lo que necesito es reordenar mi vida. Hazte a la idea de que he muerto. Te he querido y te seguiré queriendo mientras viva. Pero no soporto la idea de ser un inválido en manos de nadie. No lo soporto – intenté explicarle, con más vergüenza que dolor.

-- Juan, ¿cómo puedes decirme algo así? Yo te quiero mucho. No voy a abandonarte en un momento tan crítico. Para mí no ha cambiado nada con el

accidente, al menos en cuanto a nosotros. No debieras hablarme así. Yo también tengo sentimientos -- me dijo, y se le escapó un sollozo.

-- ¡María, si pudiera me dejaría morir. Nunca aceptaré vivir como un vegetal! Lo único que puedes es ser cómplice de mi muerte. Verte me destroza, porque me recuerda todo lo que ha quedado detrás. De haber quedado descerebrado, no estaría peor. Hazme caso, guarda el mejor recuerdo de nuestra relación; pero dala por finalizada, porque para mí ya no existe el mañana -- concluí, creo que con fiereza.

Y María llora, y yo quiero gritar.

María aceptó al fin mi propuesta de liberarla del común compromiso. Era consciente de que su compasión haría naufragar cualquier expectativa de vida conjunta.

Aceptó, porque a mí me dolía incluso su presencia, dejar también de venir a verme.

Se fue. Supe que no volvería. Tampoco lo deseé. El accidente me había destrozado por fuera y por dentro.

Recuerdo mis años de estudiante, cuando cuestionaba todo. Desde el movimiento de las estrellas a la existencia de un Dios que rigiera el destino de los hombres.

Reconozco que aún entonces Dios no se encontraba demasiado lejos de mis pensamientos. Estaba de otra manera. En ser solidario con las gentes de Biafra; en la huelga de hambre contra la invasión soviética de Afganistán; en la lucha por hacer este mundo un poco más justo y habitable.

A la vez, el estudio me moldeaba y cuadrículaba por dentro. Todo tenía una razón, un porqué; una causa objetiva. No hay nada más cretino que un obrero que pasa a señorito. Eso me sucedió en parte, y es ahí donde veo que quizás se encuentre la falta que he de pagar.

Lo cierto es que Dios nunca se alejó demasiado de mí. Es verdad que no rezaba, ni iba a misa y mis pensamientos al Cielo los convertía en una especie de cordón de plata fraterno y solidario con el mundo. Pero los semejantes son también Dios. ¿Por qué se castiga las formas? Yo siempre te he tenido muy dentro. Quizás de otra manera. Pero tú siempre has tenido en mí tu hogar.

La vida es tan puñetera, tan escasa, que si no se madura por la experiencia se madura a golpes. Eso es lo que me ha sucedido. Un instante de bajar la guardia, dejarse llevar por el acomodo ante este salvaje mundo competitivo, y a tomar por culo todo.

Admito que el moverme profesionalmente en un ambiente hasta cierto punto agresivo, no me resultaba del todo desagradable. Más bien al contrario, resultaba estimulante. Me ayudaba a superarme y a plantearme nuevas metas. Me gustaba mi profesión; el trato con la gente. Convencer, persuadir, mostrar y demostrar. Mi gran defecto entiendo era volcarme en exceso en mi profesión, marginando aspectos de la vida tan o más estimulantes que la profesión misma.

Muchos ingenieros son analfabetos virtuales en aspectos esenciales. Yo no recuerdo por ejemplo desde cuándo no había leído una buena novela, o dejándome llevar por la imaginación, plasmado mis sueños por escrito.

El estar por fuerza inmóvil me está forzando paradójicamente a ese reencuentro con lo mágico que todos llevamos dentro. Es cierto que ahora me veo obligado a grabar en cinta cuanto estoy diciendo, para que luego sean transcritas a papel estas reflexiones que tan caras me están siendo.

He dejado muchas cosas atrás. No las disfrutaré nunca. Pensar con una pistola en las sienes es francamente complicado. Me gustaría que esto fuese un sueño; despertar con la sensación de que he de aferrarme a todo lo maravilloso que Dios ha creado; pero sé que no se me dará una nueva oportunidad.

Pasó mi tiempo. Sólo me queda suplicar al Dios hombre al que quebraron los huesos en la cruz, fuerzas para morir dignamente.

Dios está en cada florecita, en cada primavera que por fuerza sigue a todo invierno. Me gustaría correr a su lado y dejarme balancear en sus barbas. Ofrecerle lo que aún hay de bueno en mí y dedicar mi vida por entero a los demás. Pero no puedo andar; ni siquiera puedo mover bien el cuello.

Capítulo 5

¿Cómo es posible en un mundo interconectado e interpenetrado de redes, autopistas y conocimientos permanecer indiferentes ante la propia destrucción? Todos somos, en alguna medida, ruandeses, chechenos, bosnios, judíos..; y lo somos por cuanto somos ciudadanos del minúsculo pedazo de carbono, agua y hielo que se desplaza a velocidad de vértigo desde el más alejado punto del brazo de la galaxia, hasta una remota senda de estrellas.

Dios, la Virgen, los Ángeles... se han ausentado de este mundo. Inmersos en un seminario de actualización de conocimientos para enfrentarse a la locura, han dejado momentáneamente solos a los niños. Hay una terrible falta de programación por parte del Creador.

Los niños sufren; lo hacen en un grado difícilmente soportable, incompatible con un sueño reparador y de ilusión por el mañana. Se está construyendo el futuro sobre un montón de huesecillos torturados.

En Brasil los niños mueren a manos de los escuadrones de la muerte; en Colombia se pudren en las alcantarillas; en África los gusanos los devoran en vida.

Hay niños infectados por el sida, que nunca lo sabrán porque van a morir sin información o cariño.

Veía no hace mucho en Canal Plus, en un reportaje que no fui capaz de terminar, a un niño de unos seis o siete años, que no era capaz de mantenerse en pie sobre sus piernas enfermas, infectadas del virus del sida, como todo su indefenso cuerpo. Cada movimiento era para él llaga y dolor.

Abandonado de padres y familia, moría a los ojos del mundo, que ha puesto una ventana en cada casa y se solaza pensando que no se está tan mal frente a otros.

Y ese niño ha muerto sin saber por qué. Para él, el cariño de sus padres quizás mitigara parte del horrible sufrimiento que padecía. Pero murió sin saber lo que era jugar, reír o disfrutar, ni lo que eran unos padres. ¿Para qué lo trajo Dios al mundo?

Y hay niños "normales" que permanecen meses sin pisar la calle, enclaustrados en un piso de cuarenta metros cuadrados y a veinte a ras del suelo, sin tocar jamás un árbol, sin jugar con otros niños, sin sentir la vida tan necesaria.

Tanto dolor no puede quedar impune. Un niño que llora es un golpe en el alma, si es que tenemos alma. Pero exista o no, se trascienda o no, todos formamos parte de un algo que está sufriendo, y mucho.

La indiferencia de las gentes; el ruido que poco a poco nos mata, hace que todos nos volvamos crueles.

Recuerdo una tarde, caminaba con rapidez con ganas de llegar a casa. Al doblar una esquina y en un edificio que se encuentra justo enfrente del mío, observé cómo un grupo de personas miraba, sin hacer absolutamente nada para impedirlo, a un hombre de unos cuarenta y tantos años golpear a un niño de trece o catorce. El niño era, por lo visto, el autor de las cartas de amor que recibía la hija del energúmeno.

-- Pero... ¿qué hace? -- le increpo, temblando por la indignación y el desconcierto.

-- ¡Usted no se meta donde no le llaman! -- me amenaza el individuo.

-- ¡Está pegando a un niño! -- grito y tiemblo.

-- ¡Este niño es un delincuente. Usted no sabe de lo que es capaz! -- me alecciona, aún gritando.

Y el niño, sangra por boca y nariz; llora mansamente.

-- Yo no he hecho nada -- afirma y me conmueve.

-- ¿Que nos ha hecho nada? Vaya gracia tiene la cosa. Nos tienes la vida amargada con tus llamadas, con tus cartitas; con el timbre de la puerta -- sonrío con cinismo el criminal.

-- Yo no soy -- se disculpa, y sigue llorando.

Ya no le golpea; pero al niño le falta un diente y tiene la camisa manchada de sangre. El energúmeno le mantiene aún sujeto por la camisa.

-- Por muy canalla que sea este niño, usted no tiene derecho a hacer lo que ha hecho -- le recrimino, sin apenas fuerzas.

-- ¡Sí tengo derecho. Es mi vida y la de mi hija; y no estoy dispuesto a que nadie nos la fastidie; -- me grita despectivamente.

-- ¿Quieres que te acompañe a la policía? No sé qué es lo que habrás hecho realmente, pero desde luego no pueden maltratarte de esta manera -- digo al niño, a la vez que con la mirada le pido perdón por la vileza ajena.

Y me duele mi cobardía, y el quedarme agarrotado por los nervios, incapaz de refrenar el ostensible temblor que amaga en ataque de nervios. De haber continuado el mamarracho golpeándole, no habría sido capaz siquiera de gritar.

-- Es una salvajada lo que le ha hecho -- acierto a decir

Y recuerdo esto ahora, porque me siento también niño. Si cabe, incluso más indefenso que él.

A la vez estoy descubriendo cosas en mí que me horrorizan. Cuando era un joven idealista, pensaba que de poder con mi vida o con mi sufrimiento aliviar los de la Humanidad, lo haría sin dudar.

Ahora sé que no soy capaz. Que busco el alivio a mi incapacidad, aunque para ello sea preciso dejarme morir.

Las sesiones de recuperación las veo más como una tortura sin sentido que como algo realmente eficaz. Unas manos que me transportan como si fuese un pelele. Alguien que me tumba; flexiona mis brazos, mueve mi cuello; dobla mi cuerpo en un espectáculo de feria, más que por sanar los músculos ausentes. Una piscina; el agua que no quiero disfrutar...

Miro con desprecio al fisioterapeuta. Un punto último de educación me impide mandarle a la mierda.

No tengo fuerzas para llorar. Quisiera hacerlo y aliviar con ello la congoja que me atenaza desde que abrí los ojos al dolor, hace de ello ya cinco meses.

Sí; soy un niño. Pero esta vez no habrá brazos que me acojan, ni madre protectora.

Debo estar pagando el mal que la Humanidad se hace a sí misma. No es posible permanecer indiferentes o mirar hacia otro lado, cuando a poco más de dos horas de vuelo y en pleno corazón de Europa, se masacra impunemente a miles de personas.

Si alguno de esos niños bosnios, serbios o croatas alcanzados por la metralla o traumatizados por la muerte de sus padres, consigue sobrevivir, ¿cómo se enfrentará al mundo? ¿Tendremos el valor de mirarles a la cara?

Arrastran un sufrimiento tan desproporcionado a su corta existencia, que a algunos más le valdría haber muerto que seguir viviendo. Jamás podrán borrar de sus vidas tanto horror y tanta miseria.

La joven bosnia que se cuelga de un árbol ante la indiferente mirada de seres sin alma que pasan junto a ella. Los niños que se alimentan, cuando pueden, de ratas o hierba.

Estoy pagando un precio justo, que otros muchos han de pagar con el tiempo. El precio que habrá de pagar todo Occidente, por empeñarse en mirar a otro lado y no atender más quejas que las ruidosas o cercanas.

El nacionalismo es un cáncer que matará a mucha gente. Se exagera el egoísmo hasta un punto tal, que todo aquel que no es de nuestra etnia, pensamiento o lugar de nacimiento, es considerado diferente y/o ajeno, y en consecuencia repudiado, expulsado y/o asesinando, sólo por ser diferente.

Odio los nacionalismos. ¿Por qué se empeñan en vendernos la idea de un mundo sin fronteras, cuando las hay más que en ninguna otra época?

Han desaparecido algunas fronteras, es cierto. Pero sólo aquellas que ha interesado suprimir o no se ha podido controlar. No existen fronteras para las emisiones radioeléctricas o para la difusión de las ideas. Pero qué difícil resulta para un pobre vivir con dignidad o para un emigrante encontrar consuelo.

No hay excepciones. España es un país tan racista como pueda serlo cualquier otro. Europa se mantiene en una ficción, porque Europa todavía tiene para comer. Dios quiera que no falte el pan o el agua. Desaparecerá entonces esa solidaridad de pacotilla y la comunión de los intereses comerciales actuales.

En algunos lugares la gente muere por exceso de alimentación; en otros de lo contrario. Quizás además de darse la paz de una puta vez, el mundo debiera pensar en redistribuir con mayor equidad las riquezas.

Recuerdo cuando veía aquellas campañas de televisión tan impactantes que venían a decir "las imprudencias no sólo las pagas tú". Es cierto, aquí es donde se aprecia en su justa medida cuanto de verdad hay en ello. La muerte, no tiene solución y deja familias rotas. Pero sólo Dios sabe lo que ocurre con los que quedamos tetraplégicos. Resulta en algunos casos peor que la muerte. Yo soy de los que no quiere ver siquiera a su familia, pero aquí hay chicos que de no ser justamente por la familia serían incapaces de sobrellevar sus vidas.

Mis padres sufren. Hay incluso amigos y compañeros que les delata el gesto. Pero justamente es eso lo que más me hace sufrir. Soy diferente, siendo igual a ellos. No quiero compasión. Pido que si he de seguir así para el resto de mi vida, me ayuden a morir. Es lo único que pido.

Reconozco mi participación directa en la indiferencia colectiva; en el egoísmo reconcentrado que nos hace mirarnos permanentemente al ombligo. Yo, ya he pagado. Me gustaría decir que asumo la totalidad de la culpa y que espero que de ahora en adelante el mundo sea mejor, para que nadie más se vea forzado a sufrir esta condena. Pero no puedo. Ni siquiera sufrí un accidente decente. Fui el torpe ciudadano que se relaja en la jungla y le muerde la serpiente cascabel.

!Qué locura de mundo; Abstraído como estaba, nunca antes había recapacitado en el tremendo despilfarro de vida que se comete. Se vive a velocidad de vértigo, queriendo ser el primero; aspirando a la excelencia y al liderazgo. Y eso no es vivir. Quizás sea sobrevivir. Pero yo creo que aquí se viene para aprender y compartir. No ser el mejor ingeniero o el que más dinero o notoriedad alcanza. Se puede ser el mejor ingeniero, pero a la vez compartir con los demás esas inquietudes que asolan al hombre desde el principio de los tiempos.

Estoy hecho un lío; un mar de dudas. Todas estas reflexiones me las debiera haber hecho hace tiempo. Ahora me llegan de golpe y no consigo asimilarlas, en parte por el miedo y en parte porque al verme forzado a ellas, nos las digiero en su totalidad.

Debiera haber reflexionado antes en la convivencia razonable; en el equilibrio entre profesión y ganas de vivir.

Tengo treinta y siete años. Estado civil soltero, y así será hasta que muera. No me he casado, porque todo mi empeño lo he puesto en el trabajo. Todas mis ilusiones eran ser el mejor; saber cuanto más mejor. Me olvidé de tener una familia; traer nueva vida a este mundo y compartirlo con la sangre de mi sangre.

Es demasiado tarde. No sé cómo me dejé llevar de esta quimera. Lo cierto es que ya no soy capaz siquiera de envidiar a los vivos.

Me gustaría transmitir un mensaje de cordura. El trabajo bien hecho es un bien necesario. Pero hay que acompañarlo de un sentido. No confundir el medio con el mensaje. Venimos para aportar algo a los que nos continúen. De igual modo que los que nos fueron anteriores nos aportaron lo mejor de lo que fueron capaces.

Es verdad que siempre ha habido guerras, devastaciones y crueldades extremas. En eso somos continuadores de los que nos antecedieron. Sin embargo, yo creo que nunca como ahora ha estado la Humanidad tan embebida de sí, pensando que éste es el último viaje.

Nada es intocable. Todo se altera o se manipula. Se arrasa en segundos lo que ha costado generaciones poner en pie. Se queman los bosques, se arrancan las viñas; se riega el seco y el humedal se convierte en desagüe para la industria tóxica.

Alguien ha de decir de una vez por todas! ya está bien; Vale de progreso, si ese progreso lo único que trae es que la gente sobreviva, a costa del respeto que se merece la Tierra que a todos nos ha parido.

La Tierra es madre, pero es también el niño que todos llevamos dentro; y que nos pide de continuo armonía, reflexión, respeto.

¿De qué me va a servir vivir lo que me resta, mermadas mis funciones, sin disfrutar del campo, del agua y de la vida? Más me valiera haber vivido lo que se me dio de crédito a plenitud; gozando del instante, saboreando lo puro y gozoso de la naturaleza; todo cuanto se ofrece para el deleite de los sentidos; y morir luego de golpe una vez completado el ciclo.

Hubo un poeta que dijo hace tiempo del pobre que pedía a las puertas de Granada, algo parecido a "ten misericordia, mujer, da a ese pobre, que no hay mayor desgracia que ser ciego en Granada".

Y cuando uno carece del sentido más importante: el del propio respeto, ¿qué cabría hacer con ese hombre, ciego y a la vez inmóvil?

Ya son cerca de seis meses los que llevo postrado. Apenas si he avanzado. Consigo asir alguna cosa liviana con la mano derecha. Me manejo con el mando del televisor y el botón de asistencia. Es cuanto he podido progresar. Ni siquiera puedo activar el control que posiciona la cama, para situarme a la altura que más me convenga. He de pedir ayuda para todo.

En las lesiones medulares, no hay avance médico que pueda servir de esperanza. Es probable que algún día la medicina consiga encontrar los remedios contra el cáncer o contra el sida. Pero no hay manera de reponer una médula rota.

He entablado conversación con alguno de los residentes. Debo decir que he realizado un descubrimiento curioso. No existen barreras sociales para las personas rotas. Lo mismo te tuteas con un señor de sesenta años, que le cuentas las intimidades más recónditas a un chico de dieciséis.

Gracias a Iván, uno de esos chicos, acepté intentar manejarme en una silla de ruedas. Al principio, y pese al drama de nuestras vidas, me parecía ridículo y me daba como un acceso de risa.

No era capaz de mantenerme verticalmente. Me caía hacía uno u otro lado. Poco a poco conseguí mantenerme recto.

He recorrido la totalidad de las instalaciones del Centro. No hay mayor conjunto de tragedias que las que se viven tras estas paredes. Personas que lloran; que saben que probablemente jamás vuelvan a comer solas o que precisarán de ayuda hasta para sus necesidades más íntimas. Sueños, ilusiones rotas; juventudes truncadas, atardeceres definitivamente oscurecidos.

Todos somos en el fondo ese niño que nuestra madre parió. Desvalidos, nos enfrentamos a un mundo que excluye y oculta los aspectos individuales poco atractivos para los triunfadores.

Nos gustaría asir la mano de la madre. Dejarnos mecer de nuevo en la cuna y volver a vivir para no caer en los errores cometidos. Pero lo cierto es que la madre envejece y también, como tú, tiene miedo.

Capítulo 6

Apenas si me quedan ganas de hablar de la familia y de los amigos, y debiera hacerlo. Todos tratan de hacerme la vida más soportable. Percibo su apoyo. No soy un mal nacido. Agradezco lo que se me da, máxime cuando no es posible que yo dé nada a cambio. No obstante, cuánto agradecería que no me atosigaran más; que el cariño a veces pesa más que la losa que definitivamente nos ha de cubrir.

Todos me temen, y jamás he sido menos peligroso en toda mi vida. Es cierto que he mencionado la palabra eutanasia; que creo que los seres humanos hemos alcanzado, a lo largo de los siglos, una serie de conveniencias sociales, que nos permiten hablar sin temores de derechos y obligaciones, de lo que creamos razonable hablar.

Entre los esquimales, cuando uno llega a viejo y representa un peligro para la supervivencia del grupo, se le abandona en mitad del páramo glaciar para que el oso de cuenta de él en un abrir y cerrar de ojos. Es un proceso ecológico, que entre otros agradece el oso.

Recuerdo también haber leído una narración, supongo que veraz, en la que una familia rusa atravesaba Siberia arrastrada por un trineo en mitad de la noche. De repente una jauría de lobos hambrientos se fue a ellos. El peligro era inminente. De no adoptar alguna solución perecerían todos. La madre, tomando al más pequeño de los hijos, y sin siquiera tiempo para darle un beso, lo lanzó hacia los lobos, que lo devoraron en un instante, dejando en paz al resto. Pereció uno; el resto se salvó.

A mí me gusta este mundo de lobos. Creo que la gente del Centro ha conseguido hacerme entrever la posibilidad de que existe un mañana incluso para personas con una discapacidad tan severa como la mía. Pero eso es morfina del alma. Te alivia mientras dura el efecto; después los dolores se vuelven más intensos.

No quiero darle más vueltas de momento. He de poner en orden mis pensamientos. Han transcurrido seis meses y he pensado mucho. Sin embargo, todavía no he concluido el porqué de mi vida; qué sentido tiene mi existencia y para qué sirve o ha servido.

Intuyo que he sido una rueda más del inmenso engranaje que mueve al mundo de las personas. Tal vez una mota de polvo en la polvareda. Pero no acaba de gustarme lo que descubro. Nada mío va a permanecer cuando me vaya. Me iré con las manos tan vacías como las traje a este mundo, ¿o no? Tal vez mi vida no haya sido tan inocua como pretendo creer. Quizás haya contribuido a extender la mancha de insolidaridad que emborrona al mundo, con lo cual si cabe mi vida ha resultado perversa.

Busco en mi memoria recovecos de la infancia, de la juventud; cuando aún creía en las cosas buenas y me animaban ideales de un mundo mejor. Pero resulta que he querido, porque quería ser querido, nunca de manera desprendida. Al

que no me ha querido, no le he querido. He dado cuando se me ha dado; nunca de manera desprendida.

He tenido al sediento, al hambriento junto a mí; y a veces le he dado migajas, más por quitármelo de encima que por verdadera compasión.

Mientras he sido fuerte, y capaz de contemplar erguido el entorno, no he atesorado para el invierno, que me ha sorprendido desguarnecido, sin reservas ni conocimientos para los momentos de apuro.

Creo que aquí se viene para saber; para beber de la sabiduría de los que nos antecedieron y transmitírsela a los que nos sigan. Hay quienes viven en retiro espiritual durante toda su vida, porque saben de lo efímero de la existencia. Hay quienes aprovechan todo el tiempo y aún les parece poco, para agrandar su conocimiento y beber de las raíces eternas, de esa luz que se dice todos llevamos dentro y resulta tan esquiva para quien no se transforma en un Dios interior.

Mis padres, a su manera, me aportaron una gran lección de sabiduría. Hay que tratar de ser feliz con lo que se tenga. No es más feliz quien más tiene sino quien menos desea.

No supe aprovecharme plenamente de esa experiencia. Para mí la empresa y el reconocimiento social constituían dos ejes centrales de importancia trascendental. No era tanto poseer como ser. Alcanzar la jefatura; luego la dirección. En definitiva el poder.

Qué equivocado estaba. No es que yo en particular resultara especialmente dañino en el empeño por alcanzar dichas metas. Pero contribuí con mi silencio al sufrimiento de quienes quedaron en el camino por los que no reparaban en nada, con tal de alcanzar los objetivos propuestos.

No he sido buen hijo ni siquiera amigo de mis amigos. Para serlo hay que ser capaz de ofrecerse sin esperar nada a cambio. Yo siempre he esperado algo de los demás, aunque sólo fuese un poco de atención.

Tal vez resulte muy primario; pero no concibo mayor gozo y satisfacción que el hecho de que la gente se interese por uno. No la preocupación que facilita el descanso por el amor al prójimo, sino por ser querido y apreciado por uno mismo.

La gente en los hospitales tiende a ser amable, comprensiva. Inconscientemente se ponen en el lugar de uno. Pero cada cual tiene su estrella; su rumbo, y no hay piedad o temor que los puedan cambiar.

Lo que me pregunto continuamente es por qué yo. ¿Qué he hecho que no hayan hecho otros para merecer esto?

Cuando a uno le toca vivir piensa que su tiempo es el más interesante, porque sabe de las calamidades pasadas y del gozo que supone el conocimiento de cuanto el hombre ha descubierto. Pero probablemente, desde el inicio de los tiempos, no haya mayor gozo que descubrirse uno por dentro.

Se ha investigado lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño. Se ha avanzado en el mundo interior, en la psiquis del hombre. Pero hay un algo que

se nos escapa, quizás porque hablar de lo espiritual en un mundo tan tecnificado, suene a algo que no es posible reproducir en un laboratorio cuantas veces sea preciso.

No sé qué me ocurre. Paso de la depresión más negra y honda a un moderado optimismo.

Me veo haciendo cosas que antes no había realizado. Desde mi silla y con tantas limitaciones como sea posible imaginar, comparto juegos con otros internos.

Hay pequeñas tragedias humanas que abarcan un océano. Hay quien ha perdido a toda la familia en el accidente en el que él o ella quedó para su desgracia con vida. Hay quien ha dejado a esposa e hijos y un futuro cercano a la miseria para los que aguardan en casa.

A veces me siento un hombre con suerte. Yo sólo he dejado una novia que pronto hallará consuelo y unos padres dolientes, afortunadamente sanos.

El trabajo abarca quizás lo más importante de mi vida. Pero pienso que mi drama no sobrevivirá en el pensamiento de mis compañeros durante demasiado tiempo. Entre otras razones porque allí justamente falta eso: tiempo. No hay espacio para el sentimentalismo o la distracción.

¿Qué representa uno en este mundo frente a los demás? Uno necesita de los demás para la subsistencia tanto física como espiritual. Pero en el aspecto individual, los demás son tanto competidores como dadores de lo que tanto se precisa: amor y calidez.

Probablemente hasta los seres más sanguinarios buscan en el fondo de sus negros corazones una respuesta al espanto de vivir. Porque vivir, si se analiza con detenimiento, si se analiza con la espada en el pecho con la que yo me encuentro, no es nada más que sobrevivir. Se subsiste, sin alcanzar la plenitud y grandeza que debiera ser la vida.

La mayor parte de nuestras actividades se centran en aspectos físicos, sociales, de relación con los demás. Hay muy poco tiempo para quererse a sí mismo. No sé explicarme bien, pero no es posible querer totalmente a otro si antes no has alcanzado un pacto interno de cariño contigo mismo.

¿Acabará la muerte con esta pesadilla o será tan sólo un continuar de manera diferente? Admito que antes me resultaba difícil de admitir un continuar de la vida después de la muerte; pero no puede ser casual que desde el principio de los tiempos ese pensamiento de continuidad permanezca de una u otra forma en todas las criaturas, sin que no exista algo de cierto en ello.

Tal vez no sea un continuar tal como pintan las religiones o los sensitivos. Puede que sea que se pase a formar parte de algo colectivo, y lo individual, aún manteniéndose, se vaya progresivamente diluyendo en un todo. No lo sé. A veces me llegan como cuadros de fotografía que duran apenas nada, pero sigo sin hallar esa respuesta tranquilizadora que me mantenga a la espera del último instante sin mayores sobresaltos.

Imagino lo que debe sentir el preso. Vuela su imaginación y se ve libre de los barrotes. Tiene la posibilidad de soñar. De hecho no es probable que piense en la muerte como salida a su situación. Tal vez acumule años y años en su pensamiento, y congele el tiempo para, llegado el día, saciar sus ansias de recorrer los caminos que por un tiempo le han sido vedados.

Pero ¿y un parapléjico? ¿Cómo puede soñar con acumular días o años si no hay escapatoria posible?

Me llegan imágenes de la infancia; esas imágenes felices porque el pensamiento sólo mantiene los brillos del pasado, y contemplo a aquel niño sonriente que jugaba al escondite con los primos entre los árboles del parque. Yo quería mucho a mis primos. De hecho en mi corazón guardo el recuerdo de su cariño como un gran tesoro. A alguno, no he vuelto a verles desde hace más de veinticinco años. El paso de los años hace daño a la inocencia. Tal vez su amistad y cariño se vea hoy condicionado tanto por mí como por lo que la vida les haya deparado.

No quiero ser una carga para nadie. A mis primos les ha afectado la noticia de mi accidente. Pero ni uno solo de ellos ha venido a verme. Por un lado deseo su apoyo; por otro quiero conservar lo mejor del recuerdo y no perturbar las vivencias del pasado.

No me fue posible asistir al entierro de mi tío Raúl, que falleció por estas mismas fechas hará cosa de un año. La muerte congrega más que la enfermedad y yo me mantuve ausente de aquella ceremonia familiar, en la que el que se va precisa de tanto consuelo como el que se queda.

Lo que ocurre es que la familia ya no es lo que era. Se halla en crisis, como todo en este tormentoso final de siglo.

¿Cómo es posible que permanezcamos pasivos ante la tragedia que asola la antigua Yugoslavia? Se está matando y asesinando la esperanza de generaciones venideras. Parientes, vecinos, amantes, amigos... dejan de serlo y pasan a ser bosnios, serbios o croatas. No existe más familia que la del propio egoísmo, que se trastoca en colectivo. Pero el nacionalista que busca la pureza étnica, será el vecino que quiere el pueblo limpio de forasteros de mañana o el barrio de clase elitista de pasado.

No están matando a todos. Yugoslavia es nuestra familia, y la ignoramos totalmente. Seguro que el pariente olvidado y despreciado nos despreciará a todos nosotros cuando necesitemos de su auxilio algún día.

Lo peor de todo es el dolor de los niños. ¿Cómo se puede ignorar el dolor que imploran cuando la muerte les cerca? Esos niños, si sobreviven, serán bombas humanas el día de mañana. Nos harán pagar caro nuestro abandono.

Los jóvenes han olvidado toda esperanza y sólo sobreviven. Dejaron atrás estudios, novias e ilusiones. Serán guerrilleros de cualquier futuro organigrama terrorista. ¡Qué ciegos están!

Europa vive tan obsesionada con los "mass media" que cualquier imagen sustituye al razonamiento equilibrado. Ese miedo a la invencibilidad de los serbios; ese terror a los féretros, que de todas maneras se están acumulando,

ha aletargado las conciencias de nuestros gobernantes y, por qué no admitirlo, de todos nosotros.

Son pobres, musulmanes y además están relativamente lejos. Que se maten entre ellos. Es la indiferencia del hermano opulento, que ha llegado a la cima y observa indiferente al hermano pobre y molesto que pide ayuda.

-- A mí me ha costado mucho. Búscate la vida como puedas -- le dice.

No tener hermanos me ha hecho desearlos fervientemente. Me hubiese gustado compartir sueños, alegrías, reflexiones. Pero no existe la hermandad. Hay quien da su vida por los demás; quien ofrece todas sus energías por el bien común. Esos son hermanos de esta Humanidad, que les contempla como algo fastidioso por el incómodo papel que hace la mirada limpia en las conciencias oscuras.

Estamos enfermos de insolidaridad. Aparentemente hay muchas personas solidarias. Las cifras ofrecen en ocasiones una estampa que tranquiliza el sosiego de los que circulamos a velocidad de vértigo por la jungla de la vida. No es verdad sin embargo. De cada veinte sólo uno es capaz de tender su mano a quien se la reclama.

Hay personas que viven mentalmente en la Edad de Piedra. Buscan comida, sexo y poder. No han evolucionado. De nada les ha valido el enorme sacrificio de todos los que les han precedido. En parte, yo mismo era cómplice de algo tan manifiestamente primario e insolidario.

Me gustaría pensar que formo parte de una gran familia; que nada me ha de faltar porque otros pondrán la fuerza donde yo ponga la mano. Que no preciso más apéndices que los que mi imaginación se esfuerce en recrear, porque la familia humana cuidará y suplirá las carencias que el destino se ha empeñado en llevarse.

No; quien no siembra no puede recoger. Cuando pude, miré a otro lado. Mi vitalidad la reservaba para mí. Los demás eran algo molesto e incluso la competencia que se interponía ante la meta. Soy el menos indicado para reclamar que el mundo sea mejor; que todos seamos como las familias de antes, donde convivían en armonía y respeto jóvenes y viejos, inválidos y fuertes.

Nada más alejado del modelo de sociedad actual, donde sólo el triunfador tiene un lugar de honor en el salón de la casa; donde el título sustituye a la persona y el triunfo y el más difícil todavía, andan reñidos con las noticias y acciones de entrega, que en el mejor de los casos se admite como algo peculiar o una forma de distracción de quien no tiene mejor cosa que hacer.

Capítulo 7

Eutanasia. Les daba miedo que mencionase la palabra. Pero lo hacía con naturalidad, sin sobresaltos o crispación.

Creo que, llegado el momento en el que la vida alcanza un punto sin retorno, y en el que no es posible ni el avance ni el retroceso, es conveniente cuando menos plantearse si merece la pena quedarse esperando un no sé qué tantos años, que se hacen siglos, en situación de espera permanente.

Muerte ¡Qué misterios y miedos evocan tu nombre!

La muerte nos acompaña desde el mismo instante de la concepción. El óvulo y el espermatozoide se confunden y funden en un todo de instrucciones de vida y destrucción. Desde el instante primero el nuevo ser comienza a florecer en razón de un entramado bioquímico en el que la principal instrucción es curiosamente la de la disolución.

Quisiera rellenar de esperanzas mi corazón; colmar de sentido mi pereza; aguardar un nuevo mañana y sonreír porque sí. Pero detecto la bruma que todo lo oculta dos pasos más allá del sueño y me sobrecoge la horrible visión, dejándome definitivamente sin fuerzas.

He visto cadáveres mutilados de perros esparcidos por las carreteras. Los coches trituran sus huesos hasta fundirlos sobre el asfalto. Yo soy como un perro al que fuesen machacando el cerebro hasta fundirlo en la nada, tras sufrir el embate del absurdo y la prueba del dolor.

Los perros, ya lo dejé apuntado, no van al Cielo. Pero, si seres tan abnegados y nobles no ascienden a las alturas, ¿cómo yo, que soy peor que un perro, sueño siquiera con gozar de mejor fortuna que ellos? Algo falla sin duda en este armazón de barro del que me han fabricado.

He recaído. Durante los últimos meses me había hecho ilusiones y pensaba que mi vida tenía todavía un valor; que se puede dar y recibir aún a pesar de no disponer de todas las capacidades físicas.

Casi me habían convencido de que el hombre es más lo que piensa que lo que hace. Pero no es verdad. Mi pensamiento de solidaridad y de pretendido amor hacia el género humano, no alcanzará siquiera a los jardineros del centro.

Una persona debe al menos tener la posibilidad de ser escuchada respecto a su propio futuro. No entiendo por qué han de decidir otros lo que a mí me convenga. Yo entiendo que, llegado a un punto donde no resulta posible ya sino esperar pacientemente que la muerte se apiade de uno, lo mejor es apagarse. Nada puedo aportar sino alimentar un cuerpo muerto, pegado a una cabeza que sufre por su cuenta.

Voy a morir; es algo inevitable. No alarguemos más algo que no tiene más solución que el paso del tiempo. Una inyección; luego un sueño suave. Los pulmones dejan poco a poco de funcionar. Todos los músculos se distienden. Sé

que va a ser algo parecido a cuando quedo medio traspuesto, y en duermevela me veo flotar en la habitación, contemplando mi cuerpo, ya sin miedo, y pensando que la muerte no tiene por qué ser tan fea y definitiva como se cree.

No voy a ser el único. Por delante de mí lo han hecho miles de millones de seres y criaturas, de todo tipo y condición. La sensación de ahogo se diluye con la relajación, la angustia por la última bocanada de aire simplemente no me afecta. Pasaré de uno a otro plano y de uno a otro estado sin dolor ni sufrimiento.

La muerte no puede ser tan horrible. Un suspiro no es frontera. ¿No hay personas que aguantan sin respirar más de un minuto y no les ocurre nada? ¿No se para en ocasiones el corazón unos segundos durante el sueño y la vida sigue? Cuando uno deja definitivamente de respirar o el corazón deja de latir para siempre, se entra en un estado en el que el cerebro comienza a soñar con toda intensidad. Los recuerdos y las emociones se agolpan. El "puzzle" de la vida encaja y se encuentra sentido a lo que antes carecía siquiera de orden y concierto.

No sé qué ocurrirá después. Si el substrato sobre el que se asienta la memoria se desmorona; si el polvo vuelve al polvo y falla la materia sobre la que se asientan los pensamientos, tal vez no haya continuidad en el nuevo estado. Es algo sin duda apasionante, para los que estudian y disponen de tiempo para esas cosas.

El cuerpo se reintegra a la Tierra de la que procede. El carbono esencial y el polvo de estrellas de que todos los seres y criaturas estamos hechos siguen su viaje galáctico y sólo queda uno en la memoria de los que alguna vez nos quisieron.

Me gustaría pensar que Dios me espera al otro lado; que el pensamiento y el sueño se transforman en reales y vuelvo a sentir, aunque sea de otra manera, sensaciones de paz y bienestar.

Pero una vida es demasiado poco para alcanzar a reflexionar mínimamente el porqué de tantas incógnitas.

Pienso, sin embargo, que la solución pudiera ser tan extremadamente simple y tan cercana, que la muerte en una última pirueta tragicómica nos dijera "veis qué fácil era todo".

!Era tan sencillo; ¿La vida es sólo eso? Lo he tenido todo el tiempo junto a mí y no he sido capaz de entreverlo siquiera.

Pero, ¿y si no fuese así? Si tras la muerte todo desapareciera, ¿qué queda de toda una vida de sufrimiento?

No puede ser que todo se desvanezca. Si algo ha aprendido el hombre en su deambular por este mundo, es que nada ocurre porque sí; que todo tiene una razón; que tras toda causa hay un efecto. Las cosas no desaparecen, se transforman. El inmenso entramado en el que se sustenta todo el universo, pueda que sea tan sencillo como las partículas elementales de que todo lo creado está hecho. Mi pensamiento no puede tener el mismo soporte que el sentimiento. Es probable que se pueda medir y detectar un cambio químico cuando el hombre ama o siente, pero eso sólo viene a ser lo mismo que cuando

está triste su rostro lo está también, o cuando se encuentra feliz se le refleja en la sonrisa.

La química es solamente un soporte, para el mundo de los sentidos. El mundo de los sueños adelanta un poco lo que puede ser el mundo de los muertos. Ciertamente que a veces la basura onírica y el desgaste diario hacen que los sueños se confundan con otros mensajes o realidades que nos anticipan la muerte que se vive desde el mismo instante de la concepción. Sin embargo, hay cosas que no es fácil explicar ni comprender, y ni la física ni la química son capaces de aportar una solución convincente.

La prepotencia con la que la ciencia indiferencia o burla a los soñadores olvida que si se halla justamente en el estadio en que se encuentra es porque alguien previamente soñó su existencia. Todo lo que el hombre, con sus miedos y gritos a las estrellas ha ido acumulando a lo largo de siglos, nos contempla ahora con sorna.

Yo estudié una carrera en la que aprendí a razonar y a utilizar el intelecto para el desarrollo de mi profesión. Fui a la universidad para tener un buen empleo en el futuro; no para saber estar en el mundo o enfrentarme a la gran incógnita que es el vivir día a día.

Sé calcular, medir, pesar y pensar. Pero se me ha olvidado rezar y soñar. Las circunstancias me obligan ahora a realizar un esfuerzo que debiera haber ido alimentando durante años. Quiero no tener miedo y saber porqué. Quiero sentirme célula cósmica y dejarme llevar por un rayo de luna. Quiero saber que ese sufrimiento lejano o esa alegría próxima forman también parte de mí; que nada de lo creado, percibido, intuitivo, soñado... me resulta ajeno, porque Dios o el pensamiento universal precisan también de mi minúscula existencia.

Si nada voy a sentir tras mi muerte; si nada de mí va a tener continuidad, ¿para qué seguir?

Pero si existe algo; si detrás del muro de siglos de dejar la cortina cerrada existe la luz que entra del Cielo de la caverna, ¿porqué no entrar cuanto antes? Dar carpetazo a esta experiencia tan poco gratificante y gozar de la luz que da sentido a las cosas.

Los amigos, conocidos y parientes que me precedieron, ya se encuentran donde se va tras el fin de la existencia. Ellos han superado el trance. La muerte siempre vence. No seré una excepción. Percibo dos problemas. Uno el miedo físico que produce; otro, si estaré o no preparado para desarrollar con dignidad el papel que me corresponda ocupar al otro lado.

Aunque tal vez en el otro lado los roles no sean iguales a los de este. Se juzga todo de una manera excesivamente simplista; humanizando y sintiendo que lo que el otro percibe es igual a lo que yo percibo.

Los seres humanos nos hemos dado unas reglas básicas de comunicación para entendernos. Alguien describe un objeto y lo puede hacer con una precisión tal que aun estando con los ojos cerrados, uno sea capaz de hacerse una idea exacta de lo que el otro nos dice. Sin embargo, yo entiendo una cosa y el de al lado, aun entendiendo lo mismo, puede adornar su pensamiento de cosas que de trasplantarse al mío, yo sería incapaz de comprender.

Hay tantas realidades como personas, y hay tantas ideas de lo que pueda ser la otra vida como pensamientos. Porque uno va cambiando conforme la vida le va curtiendo. El tiempo es un invento moderno; pero la verdad es que uno envejece y muere y la vida sigue.

¿No será más cierto que todo lo que es lo que vaya a ser, ya está en cada uno de nosotros?

La educación, las circunstancias personales influyen en la forma de ser y sentir de cada uno de nosotros. Hay gente que es químicamente y en casi un cien por cien mala persona. De la misma manera hay seres que prácticamente actúan como ángeles en esta vida. Sin embargo, de vivir cada uno de nosotros mil años, de enfrentarse a solas con el conocimiento que nos han ido aportando los anteriores a nosotros, seguro que descubriríamos los iguales que somos unos a otros.

¿La persona mala nace o se hace? Tal vez las dos cosas a un tiempo y tal vez formen parte del juego que de manera no consciente el género humano interpreta en su caminar hacia las estrellas.

Si uno eligiera cómo ser cuando viene a este mundo, de seguro que muy pocos o prácticamente ninguno elegiría el papel de malo. Todos querríamos ser el niño bueno, rodeado de todo cuanto puede hacer más feliz la vida. La familia es simplemente cuestión de azar. Uno no elige la familia, si lo hiciera de seguro elegiría también a los padres más buenos, ricos, sanos, guapos y sabios.

Lo cierto es que no recuerdo que nadie me dijese qué papel quería interpretar en esta comedia. Nadie me preguntó si deseaba quedarme tetrapléjico en mitad de la vida. Nadie me dijo si quería en un momento determinado de la existencia ahogarme en pensamientos y hallar respuestas a preguntas que probablemente jamás me hubiera planteado, deirme las cosas de otra manera.

Me encuentro muy confuso. No sé si será mejor irse de aquí sin comerse el tarro, como me lo estoy comiendo, o dejarse morir como el pajarillo al que el invierno crudo sorprende fuera del nido.

La verdad es que el día a día me resulta agotador. He de confesar que mi cuerpo se transforma por una presencia femenina; que apago el deseo y trato de asesinarlo apenas nace, pese a todas las disquisiciones con las que estoy aburriendo a quienes escuchen estas cintas que luego se transcribirán.

No me sirve este cuerpo que anhela estrecharse y formar uno con la enfermera de noche; cuerpo que ante el cálido aroma femenino, me hace retornar al origen. ¿Es más cuerpo y menos pensamiento? ¿Dónde está la eternidad en alguien que anhela fundirse y tocar y besar un cuerpo ajeno?

Mato el deseo, ¡pero cuánto me cuesta! Se interrumpen mis reflexiones. Mi respiración se altera. Me digo que es absurdo; me río de mí mismo. Levanta mis sábanas. Soy menos que un niño desvalido. La deseo intensamente. Ella sonríe:

-- ¿Va todo bien? -- me dice.

-- Sí; todo bien -- asiente, y me sonrojo y aun quisiera incorporarme y darle un beso.

-- Pues ojo, a pasar buena noche. -- se despide sonriendo pícaramente.

Y ella se aleja y quedo de nuevo a solas con mis pensamientos. No hay muerte, ni más allá, sino ella y esas caderas de terciopelo que imagino plena de caricias. Todo el calor de la sangre cálida que se impregna en mis células deseosas de sus pechos.

Observo a mi compañero de habitación. A él también le brilla la mirada. El habla y habla. Parece haber aceptado mejor que yo su situación. Dice que nació en Las Palmas de Gran Canaria hace siete meses:

-- Soy sietemesino -- ríe.

Perdió a su novia y a un hermano. Los tiene siempre en el recuerdo. Pero pese a todo, cuando llega la enfermera le brillan los ojos y por unos instantes siento celos.

Capítulo 8

Las empresas son a veces como mundos cerrados, que afectan más a la convivencia de las personas de lo que uno pueda creer. En las empresas se pueden dar incluso situaciones próximas a la esclavitud, entre el que la manda y el mandado. Una sumisión indigna del género humano para quienes sólo dependen del humor de sus superiores, y que denigra a la sociedad en su conjunto.

Hay quienes se ven obligados a realizar cosas que atentan contra la dignidad de las personas. Pero vivimos en un momento en el que se saca a relucir la bajeza moral y la indignidad, como algo cotidiano y casi admitido tácitamente.

El hombre lo es por competencia con el semejante. No se es solidario nada más que en el tribalismo. Todo lo demás sobra, estorba los planes de quienes sólo buscan el triunfo a toda costa.

Me gustaría recluirme en una concha y aislarme del mundo y de sus gentes. He formado parte y contribuido a que la insolidaridad campee a sus anchas. Todos debiéramos reflexionar y replantearnos cosas que el tiempo y la competitividad no nos dejan. No es razonable construir un futuro sobre tanto dolor. Los demás son también importantes.

La vida se nos escapa de los dedos y nos preocupamos de tener un coche más potente; de comprar la casa más grande o de ser los más importantes.

De otra parte, la idea que tiene uno de la empresa puede ser radicalmente opuesta de la del compañero de al lado. Hay quien ve en la empresa al enemigo, y la combate con la indiferencia e incluso el rechazo. Hay quien ve en la empresa sólo un instrumento para la supervivencia, y cumple estrictamente lo que se le ordena. Hay quien, por el contrario, se enamora de la empresa y le dedica todas sus energías y emociones; todo el tiempo, incluido el del ocio. No existe otra razón de ser para él sino la empresa.

Creo que yo me encuentro entre estos últimos. Naturalmente, no es justo juzgar a todos con un mismo rasero, o pensar en una clasificación tan excluyente.

Pero sí me arrepiento de no haber vivido a plenitud. De haberme propuesto unas metas tan pobres. Todo lo dejé por la empresa, porque quería la admiración y el respeto de mis compañeros. Nunca pensé en otras gentes u otros objetivos. El esfuerzo que no realicé lo tengo que hacer ahora y sé que mis pensamientos no serán los que debieron de ser, al estar condicionados por la prisión de la carne inmóvil.

Me duele salir a pasear en una silla de ruedas y ver un campo tan bonito, que antes no fui capaz de valorar. Los pajarillos son un espectáculo. Lo son las nubes; el agua de las fuentes. ¿Cómo no pude gozar antes de algo tan hermoso teniéndolo tan cerca?

Hasta el aire me parece hermoso. Me dejo acariciar por la brisa; cierro los ojos. Todo se encuentra a un paso. Vivir es algo más que un título o un futuro. La sierra me espera. Voy abandonar todo y vivir en un paraje aislado en contacto permanente con la naturaleza. La silla me estorba. Nunca antes me había dado cuenta de todo cuanto tenía junto a mí.

Nos estamos engañando unos a otros. Tal vez haya una conspiración mundial para que nos volvamos locos. Una persona con salud y ganas de vivir, no se debe dejar encerrar por los reclamos y guiños de una sociedad egoísta, que sólo busca la producción y la estadística.

Hay indios de la India que pasan su vida con las manos en alto, hasta que se les secan y convierten en ramas, agradeciéndole a Dios la dicha de la vida y esperando cruzar el umbral cuanto antes.

Hay hombres y mujeres que pasan en retiro espiritual todo su tiempo, sin hablar jamás con sus semejantes, porque piensan que esto es un suspiro y que es preciso agradecer de continuo la llama de la existencia a quien tuvo a bien concedérsela.

He leído; he reflexionado. Pero ¡me queda tanto por hacer! Al conocimiento se llega por el estudio o por el dolor. Yo creo que he llegado a esa etapa inicial, más por el dolor que por el estudio o la investigación.

De salir de ésta, que ya sé que no saldré, dejaría la empresa. Me iría a las alpujarras granadinas, a un lugar donde gozar de la naturaleza y del contacto con ese yo, tan abandonado, que todos llevamos dentro.

No soporto más los ruidos, ni las presiones o la competencia. Quiero realizarme como ser humano. Dormir con alegría; soñar cosas armoniosas; sentir que fluye en mí el latido universal que el correr del tiempo ha silenciado.

¿De qué me hubiese valido llegar a la cima? ¿De qué me habría servido ganar más dinero, si cada latido es un regalo y lo que nos separa del otro lado es una imperceptible lámina de sueño?

Pisotear, poseer; formar parte de un clan, de un grupo, de una nacionalidad. Las gentes nos agrupamos más por nuestros miedos y cobardías, que por el bien común.

Me doy cuenta de que el objetivo de la especie humana no es la supervivencia y la continuidad, sino el formar un todo para alcanzar las estrellas, si es preciso a gritos.

Todo lo demás es pura fanfarria; engañarse. Las luces de neón nunca podrán competir con los luceros. El amor pagado jamás tendrá el sabor del néctar. El poder es algo que aplasta a la Humanidad.

Quiero una nueva oportunidad. Resarcirme del mal cometido. Pedir perdón a los que ofendí, y ofrecer mi mano a los que precisen de ella.

No me hagáis pagar tan caro mis errores. Seáis quienes seáis los que controléis este rollo, por favor, una oportunidad. Si fallo de nuevo; si vuelvo a dejarme llevar por la fácil o lo inmediato, dejadme así o aún peor. Pero creo que todas las criaturas de esta Tierra debiéramos tener la oportunidad de rectificar, al menos una vez en nuestras vidas.

Me aterra saber un mundo tan hermoso, a la vez que tan delicado, y que todos corramos deslumbrados por la luz de la ignorancia, sin percatarnos de cuánto bueno y bello existe.

Eva es el dolor que se ha de purgar. Adán es la cobardía. Si hay un edén, se encuentra en el interior. La Tierra es el marco y nosotros los actores. Vamos a representar bien la función de una vez por todas.

No me consuela ver a otros que sufren. Los niños bosnios me llegan al corazón; mis compañeros tienen cada uno su historia. No quiero ser insolidario. Pero si he de contribuir a un mundo mejor, necesito al menos las manos libres.

-- Vamos, a levantarse que toca recuperación -- la enfermera me libera del pensamiento circular. La miro y la admiro. Se mueve con gracia. Sonríe.

-- ¿Qué quieres que recupere? -- bromeó con toda la sorna de que soy capaz.

-- Yo quisiera que recuperases todo; pero de momento vamos a recuperar esa mano derecha -- responde.

Y me dejo hacer y su sonrisa me devuelve un instante a la tranquilidad.

Capítulo 9

¿Puede una parte juzgar al todo?; ¿puede la más pequeña de las partículas de arena de una playa infinita tener constancia del beso de las aguas en su orilla? ; ¿puede la más remota molécula de la uña de un pie captar la generalidad de un pensamiento? La respuesta parece obvia. Y sin embargo, somos menos aún en un cosmos, que siendo un todo, del que forman parte las realidades conocidas, las supuestas e incluso las por conocer, se intuye diminuto en comparación con la grandeza del Creador.

Puede dar la impresión de que actuamos de acuerdo con el libre albedrío. No es así sin embargo. Si analizamos con sosiego los esquemas por los que se rigen nuestras vidas: familiares, sociales, económicos, deducimos de inmediato que el margen de tolerancia, de actuación fuera de unos esquemas prefijados, es tan reducido que apenas tienen cabida sino lo que el destino y el sistema marcan a cada uno.

El mundo es dual. A toda fuerza de acción se opone otra de igual magnitud en sentido contrario. Evidentemente Dios no juega a los dados. Pero la fuerza opuesta, tiene su designio.

Todos sujetos a la cárcel del cuerpo. Todos sujetos a la incertidumbre de la nave que navega por la inmensidad del interminable océano. La Tierra, punto insignificante. Comprimido el universo conocido a las dimensiones de ésta, para saber de ella, que se hallaría en las profundidades de una simple partícula de polvo, haría falta un microscopio de un millón de aumentos. La partícula de polvo, el Sol; la Tierra, el infinitesimal Planeta que en su interior gira; ¿qué supone el hombre entonces? El Infierno no se encuentra en el más allá, sino en el más acá. Nos engañamos unos a otros con máscaras de teatro.

El drama se vive por dentro. El drama de la soledad. Venimos solos y solos partimos. El amor más grande que puedas sentir por criatura o por idea alguna, no impide que cuando te enfrentes a la experiencia última de la disolución, el tránsito lo hayas de hacer desnudo y en soledad. Porque nada, absolutamente nada, es patrimonio de nadie: ni sabiduría, ni ignorancia, ni poder... Todo se confunde en un TODO en el que azar, designios, posibilidades, destino y sistema nos enfrentan al esfuerzo colectivo de conformar moléculas del gran cuerpo enfermo.

El cuerpo, la mente, el espíritu se adapta a las carencias. Cuando en un organismo surge la enfermedad, la incógnita o el desasosiego, de inmediato fluyen las defensas precisas para que éste no sucumba. Así, en todos los seres, surge la fe en algo o en alguien como barrera. Fe en la vida, en el más allá o en el más acá, en nuestros semejantes... De no existir la fe no habría nada que nos atase o nos mantuviese unidos al yunque de la vida.

Pero a la vez, nada existe porque sí; en nuestras aparentemente frágiles voluntades se halla el hacer más soportables las duras condiciones de sufrimiento y soledad que padecen millones de seres humanos. Es cierto que resulta difícil admitir que ese, o ese otro, de los que no compartes la menor

afinidad, descienden de un ser humano común. Todos somos hijos de la misma Eva, antepasada africana que regó de hiel y sangre los siglos venideros. Y ¡madre! resulta tan efímero y fugaz el devenir, que hace de por más injusto y absurdo el empeño en conservar lo nimio.

Existir existen, y a raudales, la prepotencia, el orgullo y la mentira, que actúan de coraza que sustrae de la felicidad. Y es así, porque se soporta mal la felicidad, tanto la ajena como la propia. Uno nunca se siente satisfecho del todo. En primer lugar porque no acaba de sintonizar con cuanto le rodea: situación, cuerpo, salud, familia... En segundo lugar porque uno se cree el centro del mundo y el mundo no nos rinde pleitesía. Pero es que además la búsqueda de la ilusión resulta más dura y encarnizada que la del Santo Grial. ¿Dónde hallar la fuerza precisa que recargue de energía el alma? ¿Dónde hallar ese resquicio que deje entrever el Cielo? El autobús de la locura gira y gira y da vueltas alrededor de sí mismo sin hallar el camino de salida. Todos los viajeros anhelan el prado de flores; las amapolas cubriendo de arrebol la pradera. Allá él riachuelo, discurrir transparente de vida pura; allá la sonrisa clara de la muchacha rubia de sombrero blanco. Sonríe y su sonrisa es trigo y oro.

El autobús prosigue y tú anhelas que se detenga. Dejarte mecer por la sonrisa distante.

¿A quién conviene que esto siga así? ¿A quién beneficia que el mundo se retuerza convulsionado por el dolor?

A ninguna persona razonable le interesa. No obstante, la lucha es cotidiana. Contra aquello que es real y contra lo inexistente. Así, en ocasiones, nos refugiamos en los recuerdos, de la infancia o de la adolescencia. Recuerdos que nos resultan gratos porque tan sólo perdura lo bello: el brillo en la mirada del primer amor; el pueblo en primavera; los amigos -- algunos ya definitivamente ausentes de lo físico-- Pero no hay tiempo para la reflexión. Sólo queda aferrarse a lo escaso de eterno que aún perdura, y que probablemente ni el tiempo ni el ingenio mal utilizado puedan cambiar... Queda la amistad, incluso con las piedras que nos vieron nacer; con el porvenir, de este día que marca el resto de nuestras vidas. A veces, parece inútil y baldío el esfuerzo de la felicidad en un mundo doliente. Pero hay que luchar por ser. Llegado el momento será lo único que quede.

Desde el accidente me he acercado a Dios, pero a la vez me he visto enfrentado a problemas que jamás antes se me habían planteado. Puede que todo sea extremadamente sencillo, que la complejidad la provoquen nuestros miedos. Tal vez debiéramos aceptar que somos algo que forma parte del orden divino y dejarnos llevar por los sueños.

Tras un espejo se encuentra Dios. En el fondo de la mirada de cualquiera de nosotros se encuentra la complejidad del universo. ¿Por qué no somos capaces de encontrar de una vez por todas la solución?

Hay veces que me vienen como destellos, y me digo ¡adelante!, la solución está cerca. Pero luego el ruido y el miedo distorsionan todos mis pensamientos. Aquello que he tenido tan cerca se me esfuma y vuelta a empezar.

He hecho progresos en mi autonomía. Hay auténticas maravillas técnicas que hacen que la silla resulte casi un apéndice del cuerpo. La controlo francamente bien. A veces se mueve más a impulsos de mi voluntad, que del movimiento de mis dedos.

Incluso me han dotado de un colgante radioeléctrico, que emite un mensaje de emergencia en caso de que lo pulse por cualquier causa.

Tuve la oportunidad de contemplar una exposición de artilugios de telecomunicación para tetrapléjicos. Hay teléfonos que se activan con la voz; otros lo hacen por infrarrojos, como un mando de televisor, que sirve incluso para abrir o cerrar la puerta de la calle. Para tetraplejas muy graves se ha ideado un dispositivo que se activa por el movimiento ocular, y puede por medio de una pantalla de ordenador, controlar todo cuanto resulte controlable.

El mundo es un gran sistema nervioso, en el que una inmensa cantidad de información circula de un punto a otro del Planeta, una y otra vez, de manera cíclica y continua.

Para mí que el problema no lo es tanto de información, sino del conocimiento. Es preciso vivificar los pensamientos de las personas, y que una corriente de buenos deseos se instale en todos y cada uno de los seres que habitan este torturado Planeta.

Se nos ofrece soluciones Pero a veces esas soluciones espantan. Se olvida a Dios; se olvida el material espiritual del que están hechas las criaturas. El progreso parece decir "Dios es una quimera; una ilusión de la materia". Y yo me pregunto ¿por qué siento?; ¿por qué tengo miedo y me aterra tanto el dejar de ser?

Hablo con el médico. Sabe lo que me sucede. Escudriña en mi interior y soy como un estanque que refleja todo.

-- Juan, no le des tantas vueltas a la cabeza. Hay muchas cosas que puedes hacer. Eres una persona instruida. Puedes perfectamente ser útil a la sociedad. No hay nadie más paciente que una persona en silla de ruedas -- insiste.

-- Le doy vueltas a la cabeza, justamente porque quiero convencerme de que lleva usted razón; de que voy a poder ser útil y de que mi vida tiene todavía un sentido -- respondo.

-- Naturalmente que tiene un sentido. Por fortuna los tiempos en que sólo se precisaba la fuerza física se han superado. Hawking quizás sea el astrofísico vivo más importante, y apenas si tiene la cuarta parte de la movilidad que tú tienes -- comenta.

-- Tal vez sea así; pero él tuvo un tiempo de aceptación. Sabía lo que iba a ocurrirle desde hacía años.

-- ¿Y eso le hace menos sensible? Hay personas condenadas a una muerte cierta, cuestión de meses o días, que anhelan vivir y lo hacen aprovechando hasta el último suspiro. En una ocasión traté a una chica, aquejada entre otras cosas de un tumor cerebral, que estuvo componiendo poesías hasta media hora antes de su muerte. Amaba la vida con tal intensidad, que ella misma era poesía

y un canto a todo lo creado. Estaba recogida, arrugada. Sólo uno o dos años antes de morir era una chica alegre, guapa; un tipo impresionante. Quedó parapléjica por un accidente. Aquí le enseñamos a aceptar su nuevo estado. Ella lo aceptó. Luego le detectamos el tumor. ¿Tú sabes lo que nos dijo cuando se lo comunicamos? -- inquiera el doctor sonriente.

-- ¿Qué dijo? -- pregunto curioso.

-- Doctor, ya sólo falta que se me inflamen los testículos.

-- Me gustaría tener ese sentido del humor. Pero no todos estamos hechos de la misma pasta -- le digo.

-- En el fondo, todos tenemos los mismos miedos. Es cierto que la educación, el ambiente y la química de las personas hacen que unos seamos muy diferentes de otros. Sin embargo, no hay superhombres ni supermujeres. En algún rincón de la mente o de nuestra alma, existe un interruptor que es necesario activar, para enfrentarse a la vida. Ahora gracias a la medicina el hombre prolonga su vida muchos años. Ha habido grandes personajes que hicieron todo cuanto tenían que hacer y se fueron de este mundo, más jóvenes de lo que tú eres ahora mismo. El propio Cristo, Carlomagno... El problema no es la cantidad, sino la calidad. Se puede vivir, mal; eso es cierto, sin piernas o sin ojos u oídos. Lo que no se puede es dejarse morir por dentro. Es entonces cuando realmente comienzas a morir por fuera también -- argumenta filósofo.

-- Y usted, ¿cómo aceptaría verse en una silla de ruedas para lo que le quedara de vida? -- le interrogo en tono desafiante.

-- Mal; muy mal. Ahora también te digo que si después de ver lo que he visto no supiera enfrentarme a la realidad, sería un delito. Todos pensáis que el vuestro es el caso más duro, y que el mundo entero se os viene encima. Y es verdad. Para cada persona sus vivencias y amarguras son las más difíciles de soportar. Pero también es cierto que hay personas que jamás tendrán la oportunidad de estar tan bien atendidas. Hay personas que se agostan en chamizos infectos, muriendo de soledad y sin atención médica alguna. No resulta fácil explicarle a alguien que hasta hace unos meses se creía inmune a todo y era perfectamente autosuficiente, que va a tener que pasar el resto de su vida dependiendo de otros, incluso para sus necesidades más íntimas. Sin embargo, el éxito o el fracaso de una curación dependen sobre todo de que en un momento determinado seáis capaces de dejar de sentir lástima de vosotros mismos, y digáis! caramba!, las cosas se han complicado; pero voy a ser capaz de salir de ésta -- me dice.

-- Creo que todavía no he sido capaz de superar esa fase. Me tengo mucha lástima. Y me la tengo porque sé cuantas cosas he dejado inacabadas. En cuanto a otras metas, me resulta muy difícil pensar en hacer nada que no sea pasarme el tiempo pensando y maldiciendo mi suerte -- le preciso.

-- Tú sabes que el refrán afirma que... dentro de cien años todos calvos. Te quedan aún muchos años de vida. Hacer que sean fructíferos para tu pensamiento, para esa riqueza que sólo el hombre es capaz de atesorar, que es la del pensamiento, es tan sólo cuestión de que te propongas que así sea. Lo cierto es que nadie va a poder hacer por ti el cambio al que por fuerza te vas a

ver obligado. Yo siempre digo que Dios cierra una ventana, pero abre muchas puertas. El aturdimiento es el que nos impide descubrir la salida. No te dejes llevar por el abatimiento, cómbatelo como la chica del tumor, con una pizca de cachondeo -- me anima con firmeza, apretando los puños.

Y yo quisiera que Dios me mostrase esas puertas de las que el doctor me habla. Ha habido una explosión en mi vida. El humo no me deja ver las estrellas. Sé que hay quien sufre mucho más. En Bosnia, en Chechenia, Ruanda, Irak o tantas y tantas partes de este minúsculo Planeta, hay gentes que mueren sin saber por qué. Que se les quita la vida o la dignidad por capricho o porque simplemente estorban. Sé la suerte que he tenido naciendo en un lugar donde aún se respetan las personas. Cada vez nos resulta cercano lo que ocurre lejos. Pero lo cierto es que estoy descubriendo cuánto he desaprovechado los años anteriores. No puedo dejar de pensar en lo bello que es todo, pese a tanta y tanta miseria. Dios está en las esquinas, y también en el vertedero, donde en primavera florecen las amapolas. Dios está en el dolor, y también en la alegría de los niños que corretean inconscientes por el parque, sin saber de la terrible fragilidad de sus esqueletos.

Las puertas de las que me habla el doctor conducen a nuevos lugares. No sé si podré traspasar su umbral. Me falta ánimo y valentía.

-- Doctor, pero si yo muriera sería un problema menos -- le asevero.

-- Y ¿quién te ha dicho a ti que eres un problema? Todos formamos parte de algo necesario. Tú tienes cariño para dar, alegría para ofrecer a quienes sólo disponen de prestigio o riqueza. Sois necesarios, porque se os quiere, y porque sois el ejemplo de que el hombre es más que la apariencia externa -- responde.

Cierro los ojos. No veo ventanas o puertas. Sólo la certeza de haber dejado atrás una referencia en mi vida, que jamás volveré a contemplar.

Capítulo 10

Ha pasado un año. Pronto saldré de aquí. Creo que podré valirme en casa sin ayuda. Otra cosa será la ciudad, donde el bordillo más insignificante puede ser una montaña para una silla de ruedas. Es complicado manejarse en un lugar donde todo son vericuetos, hondonadas, coches, obstáculos. Lo intentaré. Debo darle una oportunidad a mi vida.

Y me sigo sintiendo mal. Ya no es sólo depresión. Es que no consigo hilvanar una esperanza. Se puede vivir sin ilusión; pero como algo mecánico, que subsiste gracias al instinto.

Cierro los ojos, y no imagino nada. Llegará la Navidad; después la primavera y luego el verano. Nada importa.

Me aconsejan que lea; que vaya a conciertos o al teatro. ¿Para qué? El movimiento es la libertad; sin movimiento lo único que me aguarda es una vida vegetativa en espera de que el sueño me venza y encuentre ese prado de flores y aguas cristalinas, donde retozar para siempre.

Me han curado y he progresado bastante. De hecho he recuperado también una mínima aunque significativa capacidad de movimiento con la mano izquierda. Con la derecha y muy lentamente, puedo escribir algunas notas y manejarme con la silla.

Lo que no han podido es inyectarme la necesaria ilusión. Nunca pensé que me gustaran tanto las mujeres. Me gustan mucho. A veces pienso que son caramelo, dulce y miel a la vez. Pero al momento abandono el pensamiento y lucho contra ellas hasta hacerme daño.

Me quedaré en casa. Esperaré, no sé qué; pero esperaré. Tal vez tenga la suerte de despertar y recobrar la libertad.

Todos se quieren despedir de mí. Me animan:

-- Juan, ¡agárrate a la vida;

-- De momento, me agarro a la silla -- les respondo.

Y paso por las habitaciones de quienes he conocido. Unos me abrazan; otros no me dicen nada; se limitan a estrecharme las manos o a mirarme con ojos de brillo.

Dejo mucho dolor atrás. No sólo el propio, sino el de vidas tronchadas, que jamás podrán volver a ser lo que fueron.

-- Adiós -- les digo.

-- Hasta siempre -- me responden.

Mis padres aguardan. Voy por mis pertenencias. Una maleta con dos pijamas, ropa interior, un traje y algunos papeles.

Suena el teléfono. Me da pereza acercarme; dejo que suene. Insiste.

-- Sí; diga.

-- Juan, ¿eres tú? -- oigo una nerviosa voz de mujer.

Por primera vez en mucho tiempo, un escalofrío me recorre la espina tronchada. El vello se me pone de punta. La voz me resulta familiar, pero no puedo identificar a ciencia cierta a quién corresponde.

-- ¿Quién es? -- digo con voz trémula.

-- Quizás no te acuerdes de mí. Soy una amiga de la juventud. Hace muchos años que no nos vemos.

Le doy vueltas a la cabeza. La voz tiene algo de peculiar. Suena como a música y es alegre y triste a un tiempo.

-- No; la verdad es que no caigo -- me tiembla el cuerpo entero.

Trato de serenarme. Me parece ridículo sentirme así. Son fantasmas que me provocan sacudidas. Me estiro en la medida en que me es posible y trato de recomponerme un poco.

-- Soy Pilar. Nos conocimos hace más de veinte años. En una tarde de toros, en la plaza de Villanueva. Tú fuiste muy galante conmigo, y nunca te he olvidado -- su voz es cadencia y recuerdo.

Me vienen a la memoria las imágenes de aquella tarde. El tiempo no existe. La tengo en mí como si acabara de suceder. Su voz apenas ha cambiado. Trato de imaginarla y la veo tal cual era a los dieciséis años.

-- ¿Eres Pilar, la cubana? -- le afirmo preguntando, más por recobrar una cierta compostura y serenarme, que por algo tan obvio que el corazón descubre.

-- Sí; ¿me recuerdas? -- insiste con una sonrisa que adivino graciosa.

-- Claro, mujer, mucho -- le replico, y he de carraspear varias veces para no emocionarme.

-- Me he enterado de lo tuyo. Hablé el otro día con gente de Villanueva, que hacía años que no lo hacía, y me lo dijeron. Sabes que estás en mis oraciones -- me dice compungida.

-- Muchas gracias -- respondo y callo.

-- Vivo en Miami. Me casé y tengo tres hijos muy lindos. Me gustaría mucho ir por allá a saludarte en persona. Pero me temo que de momento no me resulte posible -- en sus palabras una emoción que traspasa la línea telefónica y cruza el charco en un suspiro.

-- No te preocupes. El hecho de llamarme significa mucho para mí. La vida ha pasado demasiado rápida. Apenas si me ha dado tiempo a retener nada. Pero tú siempre has tenido un lugar en mi alma -- le sonrío con todo el cariño de que soy capaz.

-- Y tú en la mía, Juan. No ha habido noche en estos últimos veinte años que no te tuviese en mis pensamientos. Siempre recordaré lo lindo de aquel verano. Lo mucho que significaron para mí tus miradas. Descubrí contigo lo bonito de ser mujer. Fue tan hermoso todo. He pensado que me llevaste a un embrujo. Todo resultó mágico. Nunca más he vuelto a sentir nada parecido -- me corresponde, y se le escapa un sollozo.

-- No te preocupes por mí, Pilar. Saldré adelante. Me va a costar mucho. Pero tu llamada es el revulsivo que necesitaba mi vida. De nuevo apareces en el momento justo. ¿No serás un ángel? -- bromeó con las palabras, y sonrió.

-- Ojalá lo fuese. Lo primero que haría sería ir y componer esa columnita. Luego te daría muchos besos -- asegura y le tiembla la voz.

Quiero contenerme; no dejadme vencer por la parálisis que ahora anuda mi garganta. De repente el tiempo se detiene. El aire se llena de sensaciones; se carga de la electricidad del sentimiento.

-- Pilar... -- pronuncio como un rezo, y soy incapaz de proseguir.

-- Juan... Tú siempre serás para mí el muchachito de la mirada -- susurra y llora mansamente.

Callamos. Percibo su respiración entrecortada. No sé qué decir. Me gustaría colarme por la línea telefónica y dejadme arrebujar entre sus brazos.

-- Pilar... Te quiero. Adiós -- hago un esfuerzo y empujo más con el corazón que con el músculo, y cuelgo.

Fuera llueve. Es uno de esos raros días del septiembre manchego en el que la lluvia se reconcilia con el hombre, y descarga suavemente cuanto el campo precisa.

El olor de ozono impregna el jardín. Mi madre conduce la silla. Mi padre lleva la maleta. Me comentan algo. No les presto atención y me dejo hacer.

Llegamos al coche. No quiero volver la vista atrás. Una fuerza superior a la voluntad me impele sin embargo a ello. Giro la cabeza. Mi amigo el canario me hace el adiós con la mano.

Le sonrío...

-- Adiós... -- le digo con el pensamiento.

Madrid me aguarda. Me aguarda de nuevo el horizonte de una ciudad que es a un tiempo Infierno y canto a la vida. Asumo mis amarguras, y positivamente sé que no estoy en las mejores condiciones para afrontar el futuro. Trataré de fijarme nuevas metas. Soy un niño de doce meses, que ha de aprender a andar y a convivir con los demás. Un ángel me acompaña y me da fuerzas.